

Historia del pacto militar campesino	Titulo
Soto, Cesar - Autor/a;	Autor(es)
Cochabamba	Lugar
CERES, Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social	Editorial/Editor
1994	Fecha
	Colección
Fuerzas Armadas; Historia; Campesinado; Pacto militar campesino; Bolivia;	Temas
Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Bolivia/ceres/20120830025841/soto.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



HISTORIA DEL PACTO MILITAR CAMPESINO

Cesar Soto

Ediciones CERES

1994

CERES agradece la cooperación de SAREC a su programa de publicaciones y a sus actividades de investigación en ciencias sociales.

Depósito Legal N° 1-1-96-91

Edición 500 ejemplares

CERES

Casilla 949

Fax (42) 32310

Cochabamba - Bolivia

Composición, diagramación e Impresión

Ed. Arol <197> ODEC

Teléfono 40572

Casilla 3419 - Cochabamba

Enero, 1994

Impreso en Bolivia

PRESENTACION

Hace treinta años se formalizó e institucionalizó el Pacto Militar Campesino, prolongando y concentrando una alianza que dominó el espacio político boliviano desde los años de la Reforma Agraria. La alianza entre el campesinado parcelario y la burocracia estatal, concentrada desde 1964 en los estamentos militares.

En 1983 se abrió en CERES un Programa de investigaciones sobre Movimientos Sociales, que contó con el apoyo del IDRC de Canadá y de la Fundación Interamericana de los Estados Unidos. A ese Programa se incorporó César Soto, y como parte de las actividades de formación del mismo desarrolló la investigación que hoy publicamos. Nunca antes se había escrito la Historia del Pacto Militar Campesino, y eso justificaba por demás un estudio preliminar como el presente.

Ha pasado, es cierto, mucho tiempo desde entonces. Pero tampoco se han realizado nuevos estudios destinados a esclarecer la compleja trama y las múltiples funciones de aquel instrumento político. Las referencias más frecuentes que tenemos acerca del Pacto provienen de estudios sobre el sindicalismo campesino, en los que sin embargo no se presta atención a la relación misma entre militares y campesinos. Por eso se justifica plenamente publicar hoy ese texto, diez años después de haber sido escrito.

Y se justifica el hacerlo ahora, en 1994, porque se cumplen también veinte años de los eventos que enfrentaron a campesinos y gobierno en Enero de 1974, conocidos como la Masacre del Valle o la Masacre de Tolata. Para muchos, aquél fue el principio del fin del Pacto Militar Campesino, porque entonces quedó al desnudo que mientras los campesinos creían y confiaban en sus aliados militares, para éstos el Pacto no era sino un instrumento de poder y dominación. Incluso los oficiales que se tomaron en serio las obligaciones pactadas sufrieron la indiferencia cuando no el acoso del poder superior.

Al publicar esta historia del Pacto Militar Campesino no buscamos solamente satisfacer una curiosidad histórica, sino también contribuir a la reflexión sobre los desafíos de la participación y las dificultades de un relacionamiento excluyente y desigual

entre sectores de la sociedad y el Estado. Una reflexión sin duda fundamental para la democracia que seguimos empeñados en construir.

Cochabamba, Enero de 1994

I. La irrupción de las FF.AA. en la escena política

Si la insurrección de abril y el triunfo de la revolución del 52 fueron innegables fue sin lugar a dudas porque acabaron físicamente con el ejército de la oligarquía. Con ello se destruía el aparato de coerción del Estado oligárquico y se lo suplantaba con las milicias armadas. Pero esto no duró demasiado. Bajo el mandato de Paz Estensoro se empieza ya la reconstrucción del ejército. La sociedad señorial derrotada en abril, en un impulso de autoconservación, a modo de acabar con la anarquía obrera reinante a pocos años de la insurrección se dio a la tarea de reconstruir el ejército para imponer el "orden" cuando fuese necesario, tomar las riendas de la sociedad y hacer respetar el principio de autoridad. "El que pudieran llevar a cabo su objetivo dentro la revolución, es una señal bien clara de que este mismo proceso había creado sus tendencias conservadoras". (Zavaleta, 1979: 109, subr. del autor).

Ya en el gobierno de Siles este proceso estaba marchando por buen camino y el ejército estaba totalmente reconstruido, pudiendo imponerse una política económica contraria a los intereses populares con la aplicación del Plan Eder, en una demostración clara de que la influencia norteamericana en el país se iba haciendo cada vez mayor. Incluso se intentó dividir al movimiento obrero con la creación del COBUR y otros órganos paralelos llamados "bloques reestructuradores". Este período está caracterizado sin duda como un período de retroceso en la capacidad obrera para plantear al Estado los términos de su alianza cada vez más estrecha entre el Estado y el campesinado; manifestando que el campesinado a nivel de conciencia andaba "retrasado" respecto a su antiguo aliado. Fue

Siles quién nombró; por primera vez en la historia del país, Min. de Asuntos Campesinos a un campesino, José Rojas de Ucuireña, "rompiendo con ello de manera simbólica la alianza obrero-campesina, como eslabón de la nueva política del MNR" (Dandler, 1984: 248) sellando en adelante la manipulación de sus dirigentes más connotados. Es en el período de Siles donde se nota marcadamente que el Estado de abril poco a poco se va desplazando a su zona de emergencia. Para ello necesita de dos condiciones:

1. La reorganización del ejército, donde recobra su viejo reprimir y sostener al Estado en su fase más crítica y

2. Apoyo del campesinado.

La misma aplicación de la política económica estabilizadora y fondomonetarista de Siles tiene como condición sine qua non estos dos aspectos. Es la fase donde empieza la "subordinación pasiva" del campesinado (Rivera, 1984) o dicho de otra manera: la "irradiación obrera" termina y comienza con fuerza la irradiación estatal. Ejemplos de este proceso son la movilización de las milicias campesinas a las minas para reprimir al movimiento obrero y el cerco del ejército a Siglo XX y Catavi. Esta irrupción en la escena política nacional tiene mucho que ver empero con la peculiar articulación que mantuvo con el MNR, es decir, la manera como irrumpe viene marcada por la dialéctica relación partido gobernante-FF.AA, que veremos a continuación.

II. Las FF. AA. y el MNR

Ya Zavaleta había observado este particular vínculo que el MNR mantuvo con el ejército mucho antes del 52. Se podría decir que siempre - frente a los demás partidos- tuvo la virtud de la conspiración, y ninguno como él tuvo los medios para entrar con sus cuadros al interior mismo de la institución. Con ello, "se constituía en un puente entre la clase obrera y los militantes" (Zavaleta, 1979: 96). Al mismo tiempo, esta relación nos habla ya del carácter de la burocracia que tomará en sus manos la administración del

Estado a partir del 52. RADEPA, como embrión de un nuevo ejército acorde al nuevo Estado inánscendi, era y no era una negación del anterior. Me explico: era porque negaba al ejército oligárquico y se colocaba en frente, no era porque exigía la permanencia de la institución amoldada al nuevo Estado. La historia - siempre sorprendente y paradójica- nos muestra cómo un ejército nace dentro de otro, cuyo ejemplo es RADEPA, y por otro lado, después, cómo dentro del nuevo ejército de la revolución nacional va surgiendo otro, ideológicamente sometido a la doctrina de seguridad nacional alentada por EEUU, con renovado espíritu de casta. Siempre hay una parte del ejército o por lo menos en embrión existe una parte del mismo que niega a la otra, porque como parte de la sociedad están sometidas a sus normas. Sin embargo existe un momento en que la anulación de la institución y su disgregación culminan factualmente -merced al impulso de autoorganización y espontaneidad de las masas-en la constitución de milicias populares armadas. Esta negación del ejército como institución -y aparato armado- del Estado es cualitativamente diferente a la anterior porque es algo que viene externamente, es un dato que le viene de fuera y que escapa a su lógica de persistencia que en otro momento denominaremos como "espíritu de inmanencia" de la institución armada. Lo que es insoportable para las FF.AA. 1/, es que las masas le hayan arrebatado el control y el monopolio del uso de la violencia institucional. La prisa con que el nuevo Estado reconstruye el ejército nos habla de esta preocupación.

Desde un principio -y en este papel Ovando fue fundamental 2/- se trató de recomponer a las FF.AA. dotándole de un esprit de corps del que antes no había gozado y, dentro del orbe ideológico, del criterio de la "unidad por encima de todas las cosas". Es evidente que este criterio fue internalizado casi de inmediato, casi como acto reflejo, por el miedo "a la noche triste" (Zavaleta); por el trauma del 52.

La predominancia creciente de la burocracia militar dentro del Estado se revela en el énfasis progresivo que se da en el discurso militar a la institución armada como garantía del proceso revolucionario y representante de los intereses supremos de la nación. En el último año del segundo período de Paz Estensoro se agudiza este discurso. Barrientos fue el primero en hablar de las FF.AA. como "institución tutelar de la Patria",

centinela de sus altos intereses e instrumento idóneo para la salvación del país. Lo sorprendente es que estos criterios llegasen también a muchos partidos y gente civil del gobierno. El 26 de mayo del 64, los partidos opositores hacen un llamado a las FF.AA. para que asuman una posición mediadora y pacificadora a fin de salvar al país (PL, 27-5-64). Otro elemento en el discurso militar es aquél por el cual se identifica a la revolución con las FF.AA: "...la revolución nació del seno de las FF.AA., las FF.AA. deben ser el instrumento de revolución nacional...". "Hay coincidencia entre los principios de la revolución y los principios castrenses". (PL, 24-6-64). El abanderado de esta oratoria fue indudablemente Barrientos, pero él no era sino el portavoz de un proceso por el cual las FF.AA. se iban dotando de una suerte de "principio ontológico de representatividad pura de la nación y de intangibilidad histórico-política por la cual devienen en la institución depositaria de la soberanía nacional, elevándose por encima de la historia, de los conflictos sociales y de los intereses particulares" (Mayorga, 1983: 14). Así, sumados ambos, principios, éste último más el "axioma de la unidad" (idem), conforman los pilares ideológicos de las FF.AA., que hacen de cada oficial una encarnación de la razón de estado.

Si bien la Célula Militar del MNR ya se había creado a mediados de 1953, las FF.AA. como institución ingresan en el escenario político nacional en el período de Siles.

Su participación en adelante será fundamental para solucionar los conflictos que la burocracia civil del Estado no puede solucionarlos. Antes, las FF.AA. fueron relegadas a un segundo lugar de importancia, inclusive, por ejemplo, frente al cuerpo de carabineros 3/; ahora su rol es de primer orden para salir al frente en contra de los intentos de disgregación del Estado. Que el Estado tenga que reducirse al momento de la coerción ya nos habla de una crisis y es en este momento cuando el papel del ejército se torna fundamental para su supervivencia. Tres hechos son fundamentales:

1. Los levantamientos cívicos de Santa Cruz los años 57, 58 y 59
2. La ch'ampa guerra del valle de Cochabamba
3. Intento de golpe de los carabineros en 1960 (Prado, 1983:84)

A esto se añadiría el cerco a las minas.

Entonces, las FF.AA. van tomando preeminencia dentro del Estado y al interior del bloque de dominación. Uno de los resultados de este proceso es la nominación de jefe máximo del CPN del MNR a un militar, el gral. Eduardo Rivas Ugalde, bajo el segundo mandato de Paz Estensoro. El MNR nunca más podrá prescindir de las FF.AA., la cual se irá tornando elemento decisivo. Tres de los cuales sucesos anteriormente citados se hacen en concomitancia y complicidad con las milicias campesinas y puede decirse que a partir de ese momento comienzan a estrecharse las relaciones entre el campesinado y las FF.AA.

III. El acercamiento entre las FF.AA. y el campesinado

De esta manera, es en este período donde el papel del ejército se vuelve central, al lado del campesinado, en el mantenimiento del Estado. De hecho, éste los utiliza en sus momentos de apremio. Ambas organizaciones emprendieron acciones comunes de represión ya sea al movimiento obrero, particularmente minero, como lo prueba el cerco a las minas al finalizar el período de Siles; ya sea a movimientos de corte regional, con el sofocamiento sangriento de Terebinto. A juicio de Dandler, estas acciones comunes entre el ejército y las milicias campesinas sentaron las bases de un futuro pacto militar-campesino (Dandler, 1984:259).

Pero lo más importante de este acercamiento fue la labor asistencialista que las FF.AA. emprendieron con Acción Cívica. Acción Cívica formaba parte de un plan del gobierno que tenían por objetivo ayudar materialmente al pueblo y en particular al campesinado. Fue en el campo donde desplegó sus mayores (si no todos) esfuerzos. Creada en 1960, tenía un amplio programa del cual podemos citar los siguientes acápite:

Construcción, mejoramiento y mantenimiento de carreteras y caminos vecinales.

Construcción de escuelas, colegios; remodelación y mantenimiento de los mismos.

Abastecimiento de agua y construcción de piletas.

Distribución de alimentos en zonas rurales.

Construcción de postas sanitarias.

Arbitraje en problema de campesinos.
Ejecución de programas ejecutivos y de alfabetización.
Ejecución de programas recreativos y deportivos.
Demostración de espectáculos para recaudar fondos para obras sociales.
Entrega de alimentos en albergues y asilos.
Disposición de vehículos para transporte de mat. de construcción de escuelas, postas, etc.
Construcción de tajamares y canales de regadío.
Asistencia y socorro ante calamidades públicas.
Control de insectos y roedores.
Control sanitario de alimentos y bebidas (PL, 6-5 y 6-12 del 66; 1§-8-67; ED, 9-12-68).

De todas estas tareas, las más realizadas eran las de construcción de escuelas, construcción de postas y tajamares.

Un punto de particular importancia era el de "estrechar vínculos de amistad, comprensión, apoyo y respeto", que manifiesta de manera adelantada los contornos retóricos del pacto militar-campesino que posteriormente vino a dar a luz.

A este papel benefactor de las FF.AA. se sumó más que todo el carácter mediador y pacificador (que con el tiempo devendría salvador; ergo, se impondría y revestiría una forma mesiánica) que jugaron sus miembros en la pacificación de las guerras cacicales intercampesinas, ya en el valle, ya en el altiplano. El ejército intervino para lograr la pacificación como medida precauteladora del orden.

En enero de 1960, el gral. G. Pacheco, cumpliendo este papel, fue el encargado de mediar entre las partes en conflicto en el Valle Alto. Entre otros cinco puntos, se plantearon básicamente 2 de importancia: 1. desmovilización inmediata, 2. destacar guarnición permanente del ejército regular. A fines de mes, se firma la paz en el valle, donde un destacamento militar garantizará la paz y el orden (EP, 27, 29-I-60). La zona militar, prohibiendo el ingreso de políticos al campo (como se desprende de una amenaza

del Min. de Gobierno a Guevara Arce. EP, 8-3-60) y así continuar por el resto de los años.

Con René Barrientos, esta labor del ejército llegaría a su punto más alto. El, como representante de las FF.AA., fue el gestor de la pacificación del valle del año 1963. En septiembre junto a otros miembros del ejército, en particular el Gral. Rivas Ugalde, a sazón ministro de Asuntos Campesinos y luego a dirigente máximo del CPN del MNR. Barrientos ayudado por su carisma personal, llevó esta tarea con eficacia notable, lo que le valió ser conocido en adelante como el "pacificador del valle". Fue mediante su persona, entonces, que las FF.AA. entraron al campo creando una vasta clientela en las centrales, subcentrales y federaciones campesinas e inclusive dentro del propio partido que le valieron, a partir de 1963, para lanzar su campaña de proclamación a la vicepresidencia de la república, mucho antes de la convención del MNR, que tradicionalmente elegía la fórmula (Dandler, 1984: 268).

Se puede ver en este proceso cómo el MNR, como partido, va cediendo el terreno de la intermediación a las FF.AA. Es decir, confía a las FF.AA., a través de la célula militar, la labor de cohesión y solidificación de los mecanismos de reciprocidad, tal que a los ojos de la masa campesina, el militar -y con él la institución toda- apareciendo como bienhechores; y más aún si se van acostumbrando a su presencia activa en al realización de trabajos. Al interior del bloque de dominación, entonces, es la burocracia militar (que más luego se convertirá en burguesía dependiente uniformada) la que va tomando la iniciativa y el índice de predominio se va desplazando de la burocracia civil hacia ella porque van arrebatando al MNR los poderosos resortes del clientismo con la consecuente adhesión del campesinado. Todo el aparato montado por el MNR va pasando a manos de las FF.AA. y con ella los mecanismos de mediación política e ideológica. Las FF.AA. construyen su propio poder sobre las bases del propio MNR, apuntalando y exacerbando parte de su propio discurso de cooptación hacia el anticomunismo, el mesianismo y la intocabilidad de las FF.AA.. Por esto afirmamos que la labor ideológica cotidiana es de fundamental importancia ya que su alimento continuo cohesiona y suelda cada vez con más fuerza al grupo al cual está dirigida. Es así como se va construyendo la propia

hegemonía dado que "aún en regímenes que poseen legitimidad, las normas, las pautas de vida que lo alimentan deben ser continuamente recreadas. La hegemonía no consiste en la simple transmisión de un dominio invariable. Un régimen es hegemónico por su capacidad de regular las diferencias y no porque alcance un homogéneo consenso general" (Landi, 1981 "56). Barrientos en muchas oportunidades había manifestado que "el diálogo con el pueblo es el camino para llegar a la democracia popular... desde los escritorios no se hace Patria" (PL, 9-I-64).

Posteriormente al golpe de Estado del 4 de noviembre del 64, este rol de primera magnitud de las FF.AA. fue repetidamente comparado con el papel de los partidos. Ovando: "los partidos políticos pueden corromperse pero en las FF.AA. siempre hay una mística que las salva"; "cuando la revolución fracasa el ejército se nace nasserista" (PL, 30-8-65). O Barrientos: "los partidos son transitorios, las FF.AA. tienen un valor permanente. Lo permanente con lo transitorio no pueden unirse para las soluciones históricas" (PL, 21-I-65).

Todo este período que va de 1960 al 64, por poner un límite, está cruzado por la relación FF.AA.- partido que configura en sí misma ya la manera de su resolución. El ejército va capitalizando para sí la hegemonía ideológica y política del MNR y se va convirtiendo en la coyuntura en un elemento de definición. Va constituyéndose en el epicentro del poder, tratando de unificar en su propia institución los criterios de coersión y consenso. Como aparato del Estado reprime y como fuerza social en la escena política tiene, cada vez más a su cargo las tareas del consenso. En una palabra: se va convirtiendo en "partido": le sustrae su rol, el del consenso, y lo liga eficazmente a su propio rol natural, el de la coerción.

En lo posterior, esta dialéctica relación entre el MNR y las FF.AA. va a generar una serie de contradicciones en el seno mismo de la institución armada que se manifestarán en la coyuntura democrática Ovando - Torres.

IV. El Pacto. Su firma. Los puntos que se tocaron.

A comienzos de 1964 la coyuntura política nacional estaba dominada por las futuras elecciones presidenciales. Se daba como un hecho que la convención del MNR proclamaría el binomio Paz Estensoro-Fortún Sanjinés, pese a las adhesiones que cotidianamente recibía el pre-candidato vicepresidente Barrientos. A principios de enero, la Federación Campesina de Cochabamba lo proclama candidato vicepresidente: "...es la voluntad del campesinado de Cochabamba..." (PL, 7-I-64), y a los pocos días, en una reunión de "alto nivel" en la prefectura del departamento, con la presencia de autoridades, del comando del MNR, el gral. Rivas Ugalde y dirigentes campesinos, se procedió a confirmar lo que días antes había expresado el campesinado a través de la Federación Departamental. José Rojas en tal oportunidad dió total respaldo a Barrientos, afirmando que "Ucureña estaba con él" (PL, 10-I-64). A fines del mismo mes, cerca de 6000 campesinos armados ingresaron a la ciudad en una franca amenaza a la Convención si no elegían a Barrientos como acompañante de fórmula de Paz. Los insultos menudeaban y la campaña preelectoral se agudizaba; sin embargo, Barrientos nunca perdió el aplomo y se ganó la voluntad de las bases del MNR con una pose de honestidad a ultranza: "...Tengo los méritos suficientes hechos con honestidad, eficacia y lealtad a Bolivia y la Revolución" (íbidem). Hasta el propio Lecón había afirmado que "a diferencia de los otros precandidatos, él (Barrientos) se había manejado con altura" (PL, 12-I-64).

A lo largo de su campaña enfrentó repetidas veces la "voluntad del pueblo" a la "maquineta del MNR". Pese al apoyo y a la fuerza con que contaba, Paz Estensoro no estaba dispuesto a ceder. Instruyó a Henderson, diplomático de EEUU acreditado en La Paz, persuadir a Barrientos de su encono, dado que el ambiente político anunciaba la posibilidad de un golpe militar. Cuando ya todo estaba arreglado para que Barrientos viaje a Londres en calidad de diplomático, sufre un misterioso atentado y es trasladado inmediatamente a Panamá en un avión de la misión americana. Ningún médico lo vió, pero él ya estaba en la zona del canal "recibiendo atención médica" 4/. A los dos días, el 25 de febrero, en la Base Aérea de Cochabamba, Joaquín Malpartida, Jefe de Estado Mayor, presidió una reunión en la que estuvieron presentes altos miembros de las FF.AA. y dirigentes campesinos, entre ellos José Rojas, Jorge Román y Salvador Vásquez como

los más importantes. Rojas denunció que al interior del MNR estaba actuando la "maquineta" y en tono amenazante emplazó a Paz Estensoro a investigar el cobarde atentado o en caso contrario él (Paz) sería el único responsable. A manera de diálogo con los militares expresó: ""Si a uds. les hacen estas cosas, que harán con nosotros, los campesinos"? (PL, 27-I-64). Manifestó a continuación que no votarían por Fortún. Soliz a su vez expresó "que siempre andarían con los militares" al abrazar efusivamente al Jefe de Estado Mayor. Pasado el acto y en una reunión reservada trataron la suscripción de un pacto entre ambas fuerzas, para mantener la seguridad y la paz. Tal suscripción no fue confirmada. No obstante, la prensa arguyó de que tal pacto se había tratado en esa reunión o por lo menos se lo consideró como posibilidad.

El atentado contra Barrientos mereció el repudio de toda la opinión pública y en especial de todas las centrales campesinas de Cochabamba. El tono predominante de estos comunicados era el siguiente: "Censuramos al atentado criminal al gral Barrientos que encendió la luz (subr. nuestro) de la unidad campesina frente a la tenebrosa oscuridad de la división, al amparo de cuyas sombras y segados por la metralla fratricida murieron muchos campesinos por una causa injusta que sólo ha servido al apetito de grupos politiqueros que se han acostumbrado a manejar las organizaciones campesinas como fichas de un juego funesto..." (PL, 29-I-64). Todo esto obligó a Paz a elegirlo como acompañante de fórmula.

El retorno de Barrientos al país fue a todas luces triunfal. Desde el Alto de La Paz bajó a la ciudad entre una muchedumbre que lo aclamaba. Si su llegada a La Paz fue triunfal, su arribo a Cochabamba sobrepasó todo lo calculado. Desde los balcones "llovían flores y serpentinas" (PL, 3-4-64). La verdad era que había ganado demasiada popularidad y hasta los jefes del MNR se sentían pequeños ante este aviador llegado a candidato. Cuando aparecieron en los balcones de la prefectura la multitud coreó: "Barrientos al poder". Muchos años después se supo que efectivamente la Convención había elegido el binomio Paz-Fortun y fue entonces que Barrientos comenzó a hacerse proclamar candidato a la presidencia, primero en Aiquile y luego en los Yungas (PL, 9-I-68). Hasta el momento había trabajado bien y estaba logrando su propósito. El se había

presentado como unificador del partido y continuador idóneo de la revolución: "no necesito de sectores porque pertenezco al pueblo boliviano" (PL, 26-3-64).

Su candidatura no sólo pertenecía al partido sino al conjunto del pueblo, tal como lo había declarado el máximo dirigente agrario de Cochabamba, Jorge Soliz Román (PL, 3-4-64). De esta época datan sus primeras comparaciones con Busch y Villaroel, más como militares y representantes de las FF.AA. que como revolucionarios.

Fue el 9 de abril de ese mismo año que se suscribió el anunciado pacto entre la célula militar del MNR y el campesinado. Alumbró con el eufemístico nombre de "Pacto de Unidad Paz-Barrientos" y fue firmado en Ucureña al pie del monumento a la Reforma Agraria. Culminó de esta manera todo lo que se suponía que trataban las FF.AA. y la Federación Campesina en las mencionadas reuniones de "alto nivel". El documento fue leído primeramente en quechua ante unas 30.000 personas reunidas para celebrar un aniversario más de la gesta de abril del 52. El tcnel. Juan Vera Tapia, subjefe de la célula militar del MNR en Cochabamba expresó: "no es un documento más, sino un pacto donde la finalidad es conseguir la unidad partidaria del MNR y que en sus objetivos persigue acabar con todos los sectarismos. El documento es la esencia misma del patriotismo de los pocos militares honestos que quedan en el partido" (PL, 11-4-64). En su parte inicial decía: "suscribimos el presente pacto de unidad partidaria en el más amplio sentido de solidaridad y lealtad absoluta, recíprocamente entre campesinos, obreros y clase media integrada con los miembros de la célula militar de Cochabamba para defender en forma conjunta los postulados de la Revolución Nacional y los intereses de la Patria, garantizando en todo momento la estabilidad del gobierno revolucionario encabezado por el binomio Paz-Barrientos incluyendo al c. secretario del CPN Gral. Eduardo Rivas Ugalde". A continuación: "El Pacto... va contra todo intento anarquizante y disociador que pretende, en el seno de la militancia movimientista, crear sectores, bloques o frentes u otras organizaciones al margen de lo prescrito en el estatuto orgánico del partido. Se observan las siguientes condiciones:

- 1.- Garantizar y defender la estabilidad y el ejercicio pleno de sus funciones a los integrantes de los organismos directivos del partido legalmente constituídos.

- 2.- Defender los intereses sociales, económicos y políticos de los miembros que suscriben el presente documento.
- 3.- Mantener por todos los medios la compactación de estas fuerzas para la continuidad revolucionaria.
- 4.- Propugnar trabajo, disciplina, orden y honestidad para asegurar al diversificación económica del país.
- 5.- Garantizar por todos los medios la paz social y política como la única forma de lograr la grandeza del pueblo boliviano.
- 6.- Combatir las doctrinas extremistas que atentan contra los principios de libertad y nacionalidad.

Firman el documento 48 personas representantes de diferentes organizaciones." (íbidem)

La misma prensa afirmaba ese día que la suscripción de este pacto anticomunista (sic) entre la célula militar y la Federación de Campesinos de Cochabamba restaría la influencia del Frente Nacional Pazestensorista dirigido por Fortún, de reciente creación.

Aunque en dicho documento se afirma la presencia de sectores obreros, el hecho fue que ninguna organización obrera sindical mencionó después este pacto para guiar su conducta. Fue el campesinado que a partir de entonces en cada comunicado o información que emitía mencionaba el pacto y se sometía a su estricta vigilancia. Por ejemplo, la Central de Tarata y de la prov. Esteban Arze hacen recuerdo en fechas 5 y 22 de mayo de 1964 a la Federación de su compromiso con la célula militar que estipulaba que ningún pronunciamiento podía ser emitido sin las firmas autorizadas.

En un principio el pacto sirvió como sostén esencial a la campaña electoral de Barrientos, como acompañante de Paz. En una oportunidad más de 3.000 campesinos amenazaron invadir la ciudad para evitar un cabildo en contra del prorroguismo de Paz (PL, 31-5-64). Esta práctica se haría luego común. Posteriormente, en base al pacto se inició la conspiración que llevaría a Barrientos al poder el 4 de noviembre. A lo largo de esos meses hasta el golpe de Estado se puede ver claramente cómo el campesinado valluno avalaba todo lo que hacía el "líder del pueblo boliviano", más tarde, "líder máximo del campesinado". En su gestión vicepresidencial tuvo el tino de llevar nuevamente a

José Rojas de ministro y con ello reforzó su posición. Y siguió con una secuela de atentados que le sirvieron para rodearse de un halo de víctima incomprendida: "veo un afán suicida de aislarme"; el Dr. Paz está rodeado de traficantes de la política, pero romperé el cerco"; "busco el equilibrio de la nación en el entretenimiento de bolivianos y el máximo concurso de todos, pero no a través de la violencia", había manifestado en varias ocasiones (PL, 21-4, 11 y 24-9-64). En uno de estos atentados y arguyendo que en la ciudad de La Paz no tenía garantías, trasladó su residencia a Cochabamba, donde podía hacer sus visitas cotidianas a las provincias y conspirar más tranquilo.

El golpe restaurador contó con el apoyo del campesinado valluno y amplios sectores de la clase media. Fácticamente, el pacto entre militares y campesinos estaba rindiendo sus frutos aunque en ningún momento se argumentó que era en cumplimiento de algún pacto. Posteriormente se supo que en una reunión previa al golpe, Rojas Guevara se había comprometido a no movilizar a los campesinos en defensa de Paz para bloquear de esa manera las órdenes en sentido contrario que pudieran impartir los comandos zonales y provinciales del MNR. Empero esto no pasó de ser una simple especulación (PL, 19-9-67). Suponiendo que aquello hubiese sucedido, sólo constituyó una pieza más del engranaje golpista ya que en el alzamiento estaban moros y cristianos. Solamente se combatió en La Paz y a nivel urbano. En Cochabamba prácticamente no se disparó un tiro.

Ya en el año 1965, la Federación Campesina de Cochabamba invocaba la vigencia de ese pacto como "pacto militar-campesino" (PL, 7 y 16-2; 19-3-65) y declaraba en boca de su máximo dirigente J. Soliz que según ese documento "el ejército estaba con el campesinado". A su vez, la Junta Militar de Gobierno afirmaba que el "campesinado era su protegido y privilegiado hasta sus últimas consecuencias" (PL, 13-2-65). A su turno, la Federación no ponía en duda utilizar de nuevo las armas para defenderla (PL, 19-3-65). Por esos meses justamente Barrientos empezó una ofensiva para desplazar a Ovando de la Junta Militar que presidía él (Barrientos), para posteriormente quedarse como absoluto dueño del país. En otra maniobra sufrió un atentado y renunció a su candidatura en las elecciones futuras que había prometido la Junta. En una demostración de hasta dónde

había llegado el sometimiento campesino a sus nuevos amos, todo el campesinado se volcó a las carreteras y caminos con el fin de bloquearlas. Las rutas interdepartamentales, interprovinciales, vías férreas y hasta el aeropuerto fueron bloqueados. La milenaria táctica y concepción del asedio había perdido toda su magnitud simbólica para apoyar de manera servil a un militar que representaba el Estado. Se amenazó inclusive contar con el suministro de agua y energía eléctrica. Antes, en una actitud de fuerza, habían marchado armados para exigir que se aclare el atentado. Ahora exigían, aparte de la aclaración del suceso, el retiro de su renuncia a postular en las próximas elecciones. El bloqueo duró 4 días con sus noches. Como siempre, fue Barrientos el que solucionó el problema personalmente. Un discurso pronunciado en la oportunidad por J. Soliz es muy ilustrativo para demostrar la eficacia ideológica de la labor llevada a cabo por las FF.AA. en el seno del campesinado: "los campesinos confían en la FF.AA. porque ellas son herederas del camino trazado por Busch y Villaroel y continuarán con las conquistas del voto universal y la reforma agraria...Ya estamos cansados de escuchar palabras, los necesitamos a uds. porque sabrán defender nuestras conquistas. Si uds. no levantan la renuncia, en manos de quién vamos a quedar? 5/ Nosotros tenemos un compromiso con las FF.AA. y lo defenderemos inalterablemente... No debemos tener miedo porque el ejército y las mayorías están juntos ...Ningún partido se ha preocupado de nosotros. En sus campañas electorales sectoriales no han llegado hasta el campesinado. Sólo han defendido sus intereses de clase. Sólo el ejército ha llegado hasta nosotros construyendo caminos y escuelas, comprendiéndonos." (PL, 6-5-65 subr. nuestro). La acción cívica de las FF.AA. mostraban contundentemente sus efectos positivos.

Fue en las masacres de mayo en las minas, la represión, los apresamientos y la declaración de Estado de Sitio, política y necesaria para implantar eso que Almaraz denominó con el rótulo de "sistema de Mayo", es decir, la entrega de nuestros recursos al imperialismo norteamericano; donde el pacto militar-campesino (PMC) se manifestó en su forma eminentemente represiva. Las milicias campesinas se movilizaron, como lo habían hecho antes, a las minas. Cerca a 700 milicianos se trasladaron a la "zona de conflicto" y

varios batallones campesinos de Cochabamba estaban en estado de apronte bélico (PL, 1-6-65) para adoptar "medidas radicales para estirpar el separatismo minero", de "esos sempiternos descontentos del país" como sus comunicados de apoyo a la Junta de Gobierno rezaban. Esta actitud se repitió en septiembre del mismo año cuando se produjeron nuevas masacres en las minas. La represión no se dirigió únicamente en contra del proletariado minero sino en contra del movimiento popular en su conjunto: maestros 6/, universitarios, fabriles que se pronunciaban en contra del gobierno en cabildos abiertos 7/. En los hechos, el campesino fue la base social donde el Estado asentó y legitimó media década de represión hacia el movimiento popular.

V. El PMC y las milicias campesinas: de organizaciones semiautónomas a brazo armado del ejército.

"La tierra es la madre y el fusil es el padre"

- M. Veizaga -

Tal como nació el PMC y para los fines que se proponía, no estaba ausente de su letra una cierta perspectiva desarrollista y estaba presente este aire en los discursos oficiales: "El PMC tiende fundamentalmente a hacer una alianza para el progreso; no tiene ninguna finalidad política ni va específicamente contra nadie sino que es un bien en favor de todos. Mediante el pacto queremos llevar al campesinado por la senda del progreso. El pacto no tiene el sentido pequeño o de poca transcendencia de una componenda política o pacto electoral...; sino que en el fondo significa mucho y del más elevado sentido patriótico". O en otra oportunidad: "El pacto no está orientado contra

nadie, sino que persigue solamente el avance de la nación sobre el orden y el trabajo... El pacto se mantiene hasta sus últimas consecuencias que no son otra cosa que una Bolivia nueva y grande. No se cuentan con fuerzas para llevar a Bolivia por la senda del desarrollo, excepto en el ejército y el campesinado..." (palabras de Ovando. PL, 13-12 y 27-11-1986).

Sin embargo sus puntos ora se ampliaban, ora se reducían de acuerdo a la coyuntura política o a una situación difícil en la que se encontraba el gobierno y tenía que arrinconarse rápidamente a su zona de emergencia armada. Por otra parte, las FF.AA. no ocultaban su deseo de extender el pacto hacia otros sectores sociales como la clase media y algunos sectores obreros (PL, 13-12-66) y hasta se llegó a comprar ciertos dirigentes "venidos de las minas" y "delegados de base" para que firmasen un pacto militar-minero-campesino tripartidario en Tarata (PL, 17, 18-8-67). En alguna ocasión uno de los militares más reaccionarios del régimen, el gral. Hugo Suárez Guzmán, llegó a declarar que "militarizar al pueblo" era deseo de las FF.AA. y el gobierno (PL, 22-8-65). El campesinado por su lado pedía a su "máximo líder" suscribir pactos secretos con los sectores que él creyese convenientes (PL, 16-10-65).

Como ya lo dijimos anteriormente, el PMC no tenía la virtud de extenderse y su sola invocación validaba cualquier acción del gobierno. Según ello, se prohibía el ingreso al campo de cualquier político rival del régimen como se desprende de un comunicado de la Federación el cual afirma que "se encuentra en plena vigencia el PMC firmado en Ucureña para reprimir toda actividad que trata de desquiciar a las organizaciones sindicales del campo" (PL, 15-10-65); se defendía en cualquier situación al Presidente y a las FF.AA: ejemplos numerosos existen. Daré dos: El prefecto de Cochabamba constató personalmente en una oportunidad que en Punata existían "200 campesinos bien armados y dispuestos a salir a las calles en defensa del gobierno" (PL, 13-6-68); otro comunicado de la Federación advierte que "las milicias armadas se encuentran acuarteladas, prestas para defender al gobierno" (PL, 26-6-68). También, según el PMC, las milicias podían convertirse en unidades especiales de contra insurgencia: "...propuse la necesidad de que los campesinos deban convertirse en guerrilleros entrenados para

contribuir a las FF.AA. en la defensa de la soberanía del país" (Barrientos, PL 26-11-66), y de hecho participaron del entrenamiento militar antiguerrillas y se movilizaron contra el foco de Ñancahuazú, aunque no entraron en combate directo. Al margen de recibir entrenamiento, las milicias y el campesinado en general tenían la posibilidad de incorporarse al ejército. "Podíamos haber aceptado a 200 y no tan sólo a 20 (campesinos) si los medios nos lo hubiesen permitido de acuerdo al PMC... la dirección campesina a pedido reactualizar sus conocimientos en el manejo de armas para cooperar a las FF.AA. en la represión castro -comunista, que no es otra cosa que la agitación provocada primero con las guerrillas después con las minas y ahora con las universidades" (Cmdte. de la 7ma División, PL, 5-7-67). Las tareas del campesinado se involucraron también en la vigilancia represiva como lo prueba la creación de la llamada "Policía Militar-Campesina" en ocasión de una concentración de desagravio a la bandera en agosto de 1968. Finalmente, dentro del PMC se observaba el funcionamiento de las milicias campesinas como fuerzas semi-regulares al mando de las FF.AA.: "...Dentro del PMC las milicias no son fuerzas irregulares sino que se tipifican como semi-regulares... se hallan bajo el directo control y mando de las FF.AA." (Reque Terán, prefecto de Cochabamba a la fecha PL, 4-7-68).

A fines de marzo de 1969 Barrientos perseguía la creación de las llamadas fuerzas unidas de represión móviles para el orden y el desarrollo, FURNOD, que, organizado por los rangers, constituirían un cuerpo especializado del ejército para la represión y la contra insurgencia. Es evidente que quería incorporar a las milicias campesinas dentro de este proyecto y para ello fue necesario dialogaran con los dirigentes del campesinado del valle (PL, 29-3-69). La creación del FURMOD fue repudiada por las organizaciones políticas y la Acción Sindical Boliviana que las tipificó de organización mercenaria que se pretendía institucionalizar para eliminar físicamente a las dirigencias obreras y reprimir a las organizaciones sindicales 8/.

No se sabe con certeza si el campesinado habría aceptado enrolarse en estas fuerzas pero al mes de las primeras conversaciones batallones de campesinos recibían entrenamiento militar con asesores del ejército. En el adiestramiento se ponía énfasis en

la "necesidad patriótica de eliminar todo vestigio de la rosca y de cualquier intento de establecer el régimen comunista". Se imponen severas consignas "alertando a los campesinos a montar guardia permanentemente y evitar sorpresas que pretendan entorpecer la marcha ascendente de la Revolución Boliviana" (PL, 21-4-69). Según las FF.AA.; "el objetivo es de contar con una fuerza más para los menesteres de uso interno y ponerla a su disposición a cualquier eventualidad del ejército o de la guardia nacional de seguridad pública. También se procura aunque la meta es a largo plazo, que todos los sectores agrarios particularmente los sometidos a estas prácticas, sientan total aversión a las teorías castrocomunistas" (PL, 21-4-69 subr. nuestro). La prensa del mismo día daba cuenta de la participación de asesores norteamericanos. Estos contingentes estaban destinados a "actuar con absoluta lealtad hacia el presidente de la República en cualquier contingencia". Uno de los comandantes de estas fuerzas era Gregorio López, diputado de la Brigada Campesina, cuya foto al mando de sus "tropas" se consigna en la edición de la fecha.

“Cuál fue el proceso que siguieron las milicias campesinas para concluir como fuerza represiva y brazo armado del ejército? “Qué características asumieron desde su fundación hasta ser absorbidas por el ejército y subordinadas a su conducción? “Cuál fue su relación con el Estado desde sus inicios hasta su total cooptación y posterior desarme?

Preguntas que para ser contestadas requieren de una otra investigación que sale fuera de este trabajo, empero podemos describir someramente este proceso a grandes rasgos. En su primera etapa las milicias funcionaron dentro de un esquema de "subordinación activa" (Rivera) como organismos cuasi-autónomos. Esta etapa coincidiría con los llamados "superestados campesinos". En esta etapa, junto a los sindicatos las milicias son el instrumento represivo que otorga el proceso de circulación y al proceso mercantil de racionalidad. En un segundo momento, de "subordinación positiva", que se iniciaría con el gobierno de Siles, la ruptura de la alianza obrera-campesina y la cooptación estatal sobre organizaciones y dirigencias campesinas, las milicias ya trabajaban junto al ejército en labores represivas (minas, Terebinto.), pero todavía son lo bastante fuertes, orgánica y

militarmente, como para gozar de cierta autonomía. En un tercer momento que se inicia con el PMC y en el cual se lleva la subordinación y sus límites más extremos las milicias son absorbidas por el ejército y llegan a constituir fuerzas especiales de represión al mando de las Fuerzas Armadas.

Paralela y concurrente a esta evolución (puede leerse también como revolución) de las milicias se va procediendo al desarme. Desarme que se da gradual y paulatinamente. Ni siquiera Barrientos pudo desarmar completamente al campesinado. Hacerlo hubiese significado la ruptura unilateral del pacto de reciprocidad. Barrientos sabía bien que no podía transgredir ciertos límites 9/. El mismo había declarado que no estaba de acuerdo con la existencia de milicias armadas porque eran "factores de perturbación" (PL, 6-9-64). En otra ocasión cuando ya era presidente al hacer críticas al anterior gobierno del MNR, afirmó que aquellos "despojaron a las FF.AA. de sus altos atributos institucionales, tratando de sustituirlas por milicias" (PL, 31-3-66). No obstante haberse mostrado contrario a las milicias desde un principio, se cuidó de llevar a la práctica de una manera radica y audaz, con esa salvaje resolución que siempre guiaba a sus actos. Procedió con tacto y de manera astuta. Después del golpe del 4 de noviembre se llevó a cabo la "operación Desarme" en la cual participó el pueblo pero indudablemente más a nivel urbano que rural. El objetivo primero era desarmar a los comandos zonales del MNR y sus milicias urbanas pero luego efectivizarse en el campo. El campesinado se mostró renuente a entregar las armas y esta labor fracasó en las áreas rurales. Cambiando de táctica se apeló al expediente de "aperos de labranza por fusiles" y el primero que respondió a ello fue Pedro Ugarte, Cacique de Arque, que a nombre de su central campesina prometió realizar el trueque que lo hiciese efectivo (PL, 13-11-64). Se inició la campaña en la prensa y en la opinión pública dónde toda la ciudadanía se mostraba favorable al desarme para garantizar la paz, el orden, etc. El campesinado no cedió. Tal como se pronunciaba en sus comunicados, las armas eran "La única garantía de sus conquistas sociales y la única garantía para que no vuelva el gamonalismo" (PL, 15 al 21-11-64). Aunque algunos caciques se mostrasen resignados como Gregorio López que dijo que "si ordenaba el Gral. tendría que obedecer" (PL, 27-11-64 o 29-6-65), la presión de

sus bases se impuso las armas no se entregaron. En la misma oportunidad, Miguel Veizaga, militante del PRIN y residenciado en Cochabamba se opuso al desarme con una frase memorable: "la tierra la madre y el fusil es el padre" (PL, 9-12-64). Finalmente, la campaña "aperos de labranza por fusiles" no prosperó y el campesinado del valle no devolvió las armas, añadiendo al anterior argumento de su defensa, el de "defender con ellas la revolución restauradora" (PL, 26-6-65).

El ejército, entonces prosedió de otra manera cualquier choque armado en el valle entre campesinos era pretexto para proceder al desarme de sus protagonistas 10/. También se produjeron algunos choques y escaramuzas entre algunos campesinos y miembros del Regimiento Ustariz de Cliza a lo largo de estos años y sirvieron de pretexto para requisar armamento. Al parecer, el mayor desarme llevado a cabo en este período se dió a mediados de 1968, cuando en una operación rápida miembros del Regimiento Ustariz desarmaron a las acciones rivales, ocasionando las protestas del campesinado que se movilizaron varias veces en busca del Gral. Barrientos para pedir explicaciones a las cuales él respondió que el no iba a permitir más hechos de violencia en el valle. La prensa consignaba de esta manera lo sucedido: "Parece que aunque tarde las autoridades de gobierno se han dado cuenta de que el armamento en manos de los campesinos constituye un serio peligro, no sólo para los ciudadanos sino también para ellos mismos" (PL, 15-12-68).

VI. El PMC y la Acción Cívica

"Acción Cívica no es una organización; no es un programa específico, no es una oficina. Acción Cívica es una idea. Acción Cívica es un anhelo"

-Julio Sanjinéz Goita-

Tal vez el texto más completo de toda la "filosofía" y radio de acción de los programas de Acción Cívica de las FF.AA. sea el que redactó en varias entregas el Cnel. Julio Sanjinéz Goitia, empleado de USAID y Director Nacional de Acción Cívica, al periódico El Diario durante los meses de abril y mayo de 1964 11/.

El programa tiene ambiciones desarrollistas muy marcadas y el espíritu que lo anima es de lograr el desarrollo, la tecnificación y la integración del campesino a la sociedad mediante la alfabetización, la dotación de servicios básicos (agua, luz, salud, educación) y el mejoramiento general de sus condiciones de vida, poniendo especial énfasis en la labor positiva que puede jugar las FF.AA. en todos estos planes.

Este tipo de actividades estuvieron inspiradas por la ayuda Americana, que primero colaboró con el ejército a través de alimentos en calidad de donaciones y posteriormente se encargó de modernizarlo directamente, esto ya en el gobierno de Siles. Los planes de Acción Cívica fueron parte de un proyecto de carácter continental y nacieron en 1960 fecha cargada de significaciones y no meramente gratuita. La política exterior norteamericana, dentro del esquema de la guerra fría y del esquema de la contención del enemigo comunista, dentro y fuera de sus fronteras, estaba dirigida a bloquear todo intento revolucionario en el continente, tratando de abogar política e ideológicamente los efectos catalizadores que podía tener la revolución cubana. Es decir que el programa de Acción Cívica emerge con el contexto y forma parte de una estrategia y doctrina contrasurgente inspirada por EEUU y penetrada, a través de sus agentes en el interior de las FF.AA. de cada uno de los países latinoamericanos. Para ello se diseñaron diferentes planes que consistían básicamente en incursionar ideológica y físicamente en aquellas zonas de permanente conflicto y potencialmente contestarias y subversivas (Barrios, s/f.). Uno de estos planes, los más importantes tal vez, fueron los planes de Acción Cívica. Mediante estos programas de corte asistencialista se pretendía mostrar la imagen de un ejército benefactor, solidario y propulsor del desarrollo, siendo su razón última el control ideológico Ucuireña en Cochabamba. La doctrina de fondo de Acción Cívica ya había ganado aceptabilidad en el seno del ejército, particularmente en aquellos sectores reaccionarios como la FAB, y creada toda ella bajo modelos norteamericanos junto a todo

el ejército en aquellos sectores a decir de Zavaleta más conservadores y retrasados del campesinado. El ejército socavó las bases mismas del propio poder del MNR que estaban conformadas por estos sectores "satisfecha con la culminación de su programa". Este acercamiento al campesinado mediante obras a su beneficio al mismo tiempo que prestigiaba a las FF.AA. y le daban gran margen de movimiento le otorgaba legitimidad frente a la masa campesina, que hacía permanentemente trabajar al ejército al lado suyo e interesarse abiertamente sus problemas. Barrientos y detrás suyo la institución armada, recordaban constantemente esta labor a los campesinos en sus respectivas giras para contrastar la misma de las actuaciones de los partidos y los anteriores gobiernos. Mediante la construcción de diversa índole aceptaron las bases materiales de una penetración ideológica que le iba a deparar un clima de estabilidad y paz social como para aplicar en toda su dimensión una política antinacional, tanto a nivel económico como político. Asimismo, el campesinado reconocía esta labor como única.

Acción Cívica luego se vinculó con los trabajos realizados por Desarrollo de Comunidades, manteniendo estrechas relaciones con los ministerios del ramo de Agricultura y Asuntos Campesinos y todas sus oficinas dependientes, como Microriesgos y otras. Los fondos con que se alimentaba Acción Cívica provenían de varias fuentes: USAID y la ayuda americana mediante Alianza para el Progreso, las diferentes donaciones que se hacían a favor del ejército, el ejército propio que destinaba cierto presupuesto a ese fin, y el sistema de auto ayuda, que se integró con posterioridad a los trabajos desplegados por la Acción Cívica llegando a participar del 50% de los gastos (ED, 9-12-68). En muchos casos, la ayuda americana venía inclusive en aperos de labranza y camiones (PL, 22-2-64).

Dentro del PMC los trabajos de Acción Cívica pasaron a integrar un acápite del mismo, como parte de las obligaciones de las FF.AA. para con el campesinado y eran radicados en cada uno de los amplios y congresos, a nivel departamental y nacional.

Si vemos con detenimiento, los planes de Acción Cívica de las FF.AA. se encuentran en la línea de un ejército comprometido con las tareas del desarrollo integrado funcionalmente a ellas. Esta línea, denominada de "ejército productor" (Barrios, s/f.) que

compromete a las FF.AA. junto al pueblo para realizar conjuntamente las tareas del desarrollo, coincide con la reconstrucción del ejército denominado por los cuadros del MNR y reconstruido bajo el nombre de "Ejército de la Revolución Nacional", que tenía la idea de hacer partícipe a las Fuerzas Armadas de un proceso revolucionario que pretendía modernizar al país, económica y superestructuralmente. Aunque este propio ejército -"de la revolución"- tenía todavía en el fondo de su ser algunos hábitos del ejército oligárquico y no habían fenecido en él ciertos resabios de la antigua casta, era un ejército cuya oficialía no estaba aún impregnada por la doctrina norteamericana, dado que en ella existía hegemonía de un sector que respondía nomás a los intereses nacionales identificados, en un principio, con el MNR. Es cuando se da la modernización del ejército cuando viene a colación de una dependencia técnico-profesional, una dependencia ideológico-política de EEUU, y se desplazan dentro de él los sectores más regresivos hacia el centro del poder, pasando a ser la más dominante la doctrina de contrainsurgencia y seguridad nacional, de la cual ya hablamos anteriormente. Es en este preciso momento cuando se empieza con la aplicación de Acción Cívica, como una continuación del "ejército productor".

Si bien existe un vínculo entre ambos, la connotación y el contorno ideológico que comportan son diferentes, dado que Acción Cívica pasa a formar parte de los mecanismos de mediación y se constituye ella misma en una mediación estatal cuyo fin es garantizar una obediencia ideológica, ausente de la idea inicial. Las finalidades cambian. En este caso se trata de ganar apoyo y consenso para viabilizar un proyecto de corte regresivo; en el otro, se trata de integrar al ejército y al pueblo en las tareas conjuntas del desarrollo. Acción Cívica, entonces, pretende englobar al "ejército productor" pero con una carga ideológica distinta. En este sentido, amplía los alcances de la idea original.

VII. El PMC y los sindicatos agrarios de Cochabamba

En su relación con los sindicatos agrarios, "el PMC vino a sustituir la relación sindicato-partido vigente durante la época del MNR por una estructura institucional que ligaba los sindicatos al ejército" (Rivera: 1984, 118)

Una de las atribuciones de las autoridades políticas y militares en el departamento y en el país, antes de que existiesen Coordinadores militares del pacto e incluso cuando ya existían, era la de mediar, realizar labores de arbitraje en problemas y choques armados, y controlar las elecciones en los sindicatos, particularmente de centrales y federaciones. Muchas veces era el mismo Presidente Barrientos el que intervenía directamente en la fijación de fecha de comicios (por ej: en Qillacollo, 13 julio del 68) o anulación de elecciones. La figura de la autoridad política y/o militar simbolizaba la neutralidad y la limpieza de las elecciones; o en caso de declararlas nulas, intervención de un comité ad-hoc que preparaba nuevos comicios.

Era común que estas autoridades dirijan los comités electorales con la facultad de elegir a sus colaboradores, sean éstos civiles o militares, "de acuerdo al PMC" (PL, 10-7-69). Sin embargo, muchos caciques se resistían a ser desplazados y con el poder local que tenían desconocían de hecho muchas elecciones. Cada bando, a su turno, declaraba fidelidad a las FF.AA. y al Gral. Barrientos y de esta manera las elecciones sólo pasaban a ser disputas caciquistas del dominio de un determinado territorio de influencia, disputas a nivel del poder local. Pero las FF.AA. desconfiaban de los viejos dirigentes y caciques adherentes en el pasado al MNR. A escala nacional la consigna lanzada por el Gral. Barrientos y las FF.AA. era el cambio de los viejos dirigentes por nuevos, adherentes al Gral. Barrientos y al nuevo gobierno. Fue un trabajo meticuloso, sistemático y cuidadoso que muchas veces -las más de las veces- no dio resultados, pero que con el tiempo hizo algunos progresos. Se mantuvieron a muchos líderes sindicales de viejo cuño, pero siempre se cuidó de que las bases fuesen adictas al Gral. Barrientos y al PMC, y esto se encuentra su razón en el hecho de que los viejos dirigentes gozaban de no despreciables lazos de clientela personal, de poder económico, que se traducían en un amplio poder local. El poder local, por ejemplo, de Germán Delgadillo y Jorge Soliz en Ucureña,

Gregorio López en Punata, Ciriaco Guzmán en Quillacollo, Jaime Guamán en Sacaba, Macedonio Juárez y Severo Torrico en Cliza, como las más importantes, era considerable. Con el correr del tiempo estos dirigentes fueron totalmente absorbidos y muchos de ellos llegaron a ser compadres del Gral. Barrientos, G. López, al principio muy contrario acabó siendo su compadre, J. Soliz, que al tiempo del golpe del 4 de noviembre fungía de jefe del comando departamental del MNR, acabó de la misma manera y llegó a ser el amigo mas fiel de Barrientos. Otro caso es el de José Rojas que se vió beneficiado con un puesto de aduanero, lejos de Ucureña.

La consolidación de las relaciones entre el campesinado y el Estado a través del PMC se reflejó notoriamente en las organizaciones sindicales campesinas, no sólo a nivel departamental sino también a nivel nacional: "...de esta forma logró romper lo poco que quedaba de la vinculación horizontal entre campesinos y organizaciones campesinas de diversas partes, fomentando en cambio las relaciones directas de cada sindicato con su persona (se refiere a Barrientos), con un estilo vertical, paternalista y muy personalista, del tipo padrinzgo o relación patrón cliente" (Albó: 1979,103, subr nuestro). El alejamiento de las cúpulas sindicales de las bases se da paralelo a su acercamiento al Estado, proceso ya iniciado en los gobiernos del MNR, notoriamente bajo Siles Suazo. El PMC entonces se constituye en el coronamiento o síntesis de un proceso de sujeción de las organizaciones campesinas al Estado, concurrente con el distanciamiento de las bases y la consecuente desarticulación de los sindicatos agrarios y órganos de poder campesinos (CNTCB), y la corrupción sindical. Las denuncias en este último sentido son abundantes en este período y en lo posterior. Las repetidas acusaciones de que muchos dirigentes agrarios no eran propiamente campesinos tienen nomás un asidero en la realidad, porque es muy cierto que muchos de ellos eran personas que habían saltado a la palestra sindical siendo empleados de ministerio o inspectores de Reforma Agraria. En virtud del poder económico y clientelar que gozaban en sus zonas, muchos se convirtieron en transportistas, intermediarios y comerciantes (por ejemplo, José Rojas era rescatista de papa, Guamán transportista, etc.). A esto se suman las repetidas denuncias de que los dirigentes se apropiaban y enriquecían ilícitamente con la recaudación de

"ramas" 12/ y dineros que el estado otorgaba a las federaciones. Un cacique de Arque, José Pedro Ugarte, por ejemplo, hacía trabajar a sus propios camaradas en un trabajo que él se había adjudicado de ENDE; otros, realizaban viajes ostentosos que un campesino común no lo hubiese podido realizar nunca. No interesa a los fines de este trabajo establecer la veracidad de tales denuncias. Lo cierto es que bajo el gobierno de Barrientos la corrupción deviene ya una parte de la política del Estado. Se inicia, en palabras de Zavaleta (Zavaleta: 1979), la etapa de la corrupción como mediación estatal. Sin embargo, con Barrientos, al nivel de sus relaciones con el campesinado, esta mediación vía corrupción está reforzada por lazos simbólicos de una manera sólida. Con Banzer, por ejemplo, es corrupción pura y simple: Oscar Céspedes fue el jefe del DIC en Uncía, Willy Roman era chófer del MACA, para dar sólo dos ejemplos (ambos, dirigentes de la CNTCB en 1972). Barrientos tuvo el tacto y el tino de promover y apoyar dirigentes que gozaban de la confianza y el apoyo de sus bases, o en el caso de los caciques, que tenían fuertes bases de poder local. Es con Banzer que se pierde esto. Las nominaciones se hacen de una manera francamente verticalista y no hay ningún cuidado por las formas; cuidado que para el gobierno de Barrientos fue algo básico, dado que las formas mismas comportan y revelan un fondo ideológico-simbólico, internalizando cualidades ideológicas propias de un pacto de reciprocidad que Banzer las arrasó. Barrientos es el ciudadano y el alimento de las formas del intercambio simbólico, Banzer representa su transgresión. La mediación prebendal por sí misma, entonces no cohesiona, salvo transitoriamente. Mediación prebendal más labor ideológica-simbólica tiene mejores y más duraderos efectos, puede fundar un consenso. He aquí la "sabiduría" de Barrientos frente a Banzer en su relación con el campesinado.

Otro aspecto que merece nuestra atención es la manera relativamente fácil de cómo los dirigentes agrarios se transforman rápidamente en caciques con poder económico y poder local, merced a relaciones de compadrazo y relaciones clientelares en ambos sentidos, "hacia arriba" y "hacia abajo". Su consecuente acercamiento al Estado, ya sea por medio de la corrupción o el cargo burocrático, se traduce en el hecho de que pasan a formar parte de una cadena de mediaciones cada vez más matizadas y se constituyen en

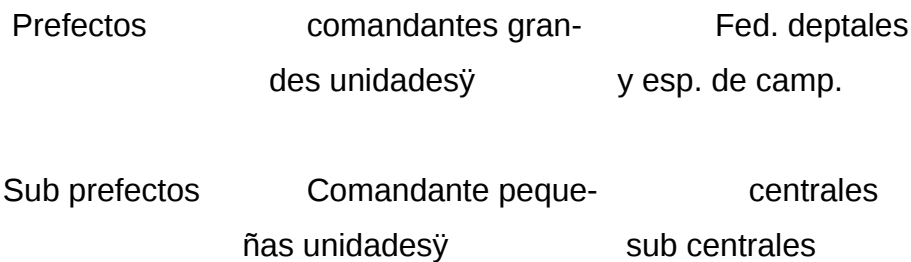
eslabones burocráticas de la misma. Llegado a este punto, se justifica la inamovilidad de sus cargos y la eternización de sus mandos de poder sindical. La explicación de este élan hacia el aparato estatal puede venir dada porque el dirigente agrario es un intermediario entre el poder y las bases y la naturaleza de su propio locus estructural hace posible su cooptación. Es a partir de su propia colocación intermediaria que es posible su subsunción.

Muchas organizaciones partidarias campesinas se pretendieron formar al amparo de la tutela del Gral. Barrientos y la política oficial durante su mandato, pero todas fracasaron por la desconfianza que el campesinado mostró hacia ellas y porque su actitud fue generalmente de indiferencia. Siempre prefirió su relación directa con el presidente -o las autoridades que le representaban- en concentraciones o asambleas, o por medio de sus dirigentes y sus propias organizaciones sindicales, a otro tipo de formas de mediación como la partidaria. Reveladores son a este nivel los fracasos de la conformación del Movimiento Popular Cristiano Agrarista, rama campesina del PMC, sustento civil de clase media del gobierno de Barrientos. Creado por los dirigentes de las Federaciones Campesinas Departamentales, fue la que declaró por primera vez a Barrientos como "líder máximo del campesinado", su dirigente máximo era el My. Hugo Bozo Alcócer 13/. Al poco tiempo de creado desapareció de circulación porque el campesinado se sentía reacio a participar de una sigla y porque veía en la coalición gobernante, FRB, resabios latifundistas y señoriales; aparte de que en el PIR, miembro de la coalición, "representaba el comunismo", en sus propios términos. Para el año 1967 se crea el partido laborista de izquierda cristiana, PALIC, al mando de Jorge Soliz, que luego dirigió Barrientos en su corta vida, ya que a los pocos meses de su creación, en diciembre del mismo año, el Gral. Barrientos crea su propio partido, el movimiento revolucionario Barrientista, MRB, dando fin al PALIC. Como en los anteriores intentos, el MRB no pudo ingresar en sus filas al campesinado y culminó con el fracaso.

Dijimos en el capítulo anterior que los trabajos de Acción Cívica pasaron a formar parte de las obligaciones de las FF.AA. para con el campesinado, en los términos del PMC. Desde este ángulo, el PMC podría ser visto como el remate de la penetración realizada

en el campo con los trabajos del plan de Acción Cívica y las labores de arbitraje de los representantes de las FF.AA. Para materializar este acuerdo del Gral. Barrientos estaba representado por los prefectos, los comandantes de las grandes y pequeñas unidades diseminadas por todo el espacio geográfico nacional (estas últimas por medio de los programas de Acción Cívica). Si se trataría de construir una especie de "organigrama" de funcionamiento, tendríamos aproximadamente el siguiente:

Presidente RBO



De preferencia tanto prefectos como comandantes de grandes unidades eran los mediadores por excelencia y generalmente en ellos se concentraba todas las labores de arbitraje y solución de conflictos, más la labor de "coordinación". Bajo el gobierno de Barrientos este era el esquema de funcionamiento del PMC. Con Ovando se modifica un tanto ya que se comienza con la nominación de un coordinador militar del PMC departamental, que en su generalidad recaía sobre un jefe militar con asiento en el departamento correspondiente. Propiamente hablando, en el gobierno de Barrientos no existían los "coordinadores".

En el gobierno del Gral. Banzer el organigrama sufre cambios y se rehace dando cabida a una mayor burocracia militar. Si las anteriores funciones antes la realizaban personas que ya tenían cargos y que sus funciones nada más eran aplicadas, ahora en cambio existe una coordinadora nacional del PMC con sus filiales departamentales y un burócrata limitado para cada una de ellas, con la específica tarea de la coordinación militar del PMC. El esquema es el siguiente:

Presidente

Coordinadora Med PMC

CNTCB

Coord.deptales PMC

Federaciones

Podemos ver que el contenido especial no cambia, aunque los canales de comunicación entre el Estado y el campesinado se reduce en el segundo esquema.

Por último, las decisiones dentro del PMC eran tomadas entre las cúpulas sindicales y los altos jefes militares y/o autoridades políticas.

VIII. El Impuesto Unico y el resquebrajamiento de la unidad campesina.

Barrientos intentó llevar acabo un proyecto de Reforma Fiscal que en realidad no era nada nuevo puesto que se lo quiso ejecutar durante los sucesivos gobiernos del MNR, pero que fracasaron por la resistencia que opuso el campesinado. Dado que con el Gral. Barrientos el campesinado había alcanzado aquellos límites de la subordinación pasiva colindante con la sumisión, el equipo ministerial y de asesores de la USAID creyeron llegada la oportunidad de entrar en su aplicación.

Estadísticamente podía demostrarse que el impuesto era necesario y la retórica del gobierno alcanzó rango de credibilidad en la opinión pública que pensó a su vez que el impuesto era algo necesario. Todo esto, claro bajo un amplio montaje propagandístico 14/.

Pero los motivos de fondo de su aplicación eran también políticos. Más allá de los motivos puramente administrativos y fiscales, los dineros -o gran parte de ellos debían servir para indemnizar en parte a los ex-gamonales afectados por la Reforma Agraria; el Estado intervendría y penetraría más en el campo a través de las administraciones

locales recepcionistas de los impuestos, para asegurar y extender su red de clientela mediante la corrupción (Lavaud; 1984, 279- 86).

El impuesto recibía el denominativo de "único" porque pretendía unificar en un solo impuesto todas las obligaciones fiscales del campesinado para con el Estado. Sin embargo, seguía contemplando el pago a la comercialización de algunos productos como la coca. O sea que el denominativo no dejaba de ser engañoso (Lavaud: 1984, 281).

Para no comprometer las relaciones-óptimas hasta ese momento de las FF.AA., representantes del Estado con el campesinado; y por lo tanto, la legitimidad e institucionalidad del PMC, el gobierno organizó un congreso Campesino donde se debatirían estas cuestiones, mostrándose como un gobierno accesible al pedido del campesinado y no tratando de imponer su voluntad mediante un decreto que podía ser la vía más violenta y burocrática. Lo principal era que el déficit presupuestario que el Estado quería costear con la creación de la tasa impositiva no afectase para nada las bases sociales de sustentación del régimen.

Con todo, hubo un control estricto de los delegados que no podían entrar a deliberaciones sin la credencial con la firma del diputado Zacarías Plaza (PL, 20-12-68), y la mayoría de ellos ya los habían elegido en sus respectivas centrales y federaciones con el fin de que apoyen a la medida aunque con ciertas dificultades, dado que desde un principio hubo desconfianza y una sorda resistencia de parte de algunos regímenes, como Tarija y La Paz (Lavaud; 1984, 282).

La convocatoria al Congreso Campesino, primera confederación económica campesina, otorgaba derecho a voz y voto a los siguientes miembros:

- Ejecutivos de la CNTCB.
- Secretarios ejecutivos de las Fed. especiales y departamentales.
- Honorables de la Brigada parlamentaria campesina.
- Un delegado por cada Federación especial departamental.
- Secretarios de centrales provinciales (P, 26-11-68).
-

Es decir que ningún miembro era militante de base y las decisiones iban a emanar de la cúpula dirigenal campesina.

Los comunarios fueron los primeros en abandonar las secciones puesto que no estaban dispuestos a pagar un nuevo tributo que iba en aumento de sus obligaciones anteriores como el impuesto territorial, luego hicieron su abandono delegaciones de La Paz y Oruro. La consideraban una medida lesiva a los intereses del campesinado, esclavizante y atentatoria a su libertad, mediante la cual "la tierra ya no sería de quien la trabaja sino de quien la tributa"(PL, 10-12-68).

El presidente Barrientos ante la resistencia puesta en marcha por estas delegaciones hizo varios llamamientos y alocuciones diversas sobre los beneficios que traerían la creación de este impuesto con el fin de apaciguar y detener lo que podía convertirse en un desbande: "Yo quiero dejar a los campesinos un instrumento completo que les permita ejecutar sus deberes y derechos, que puedan pedir agua, alcantarillado, luz, hospitales, para cuidar su salud, ...etc.". En definitiva el impuesto iba a beneficiar a los propios campesinos, dado que los montos a recaudarse iban a regresar a ellos en forma de obras de bien común. A estos llamados a su conciencia se sumaban las amenazas: "deben alejar a los demagogos y extremistas incrustados entre ustedes.", en clara referencia a los sectores contrarios al proyecto (PL, 14-12-68); las apelaciones a su sentido cristiano: "el impuesto se basa en las encíclicas papales (P, 12-12-68) y también a sus altos deberes con la patria.

Las deliberaciones culminaron con la aprobación mayoritaria (350 delegados de 9 departamentos y 125 provincias) del impuesto único, con modificaciones que determinaron la rebaja del 50% propuesto inicialmente por el gobierno en el proyecto original, y con algunos cambios en cuanto al porcentaje correspondiente a cada administración, ya sea local o nacional (P, 13-12-68) 15/.

Según el criterio de la carta confidencial "El Sol" (PL, 20-12-68), la cual hace un balance de la confederación económica y campesina, 3 fueron las alternativas realmente estudiadas por los proyectistas del impuesto y que fueron mantenidas en reserva, para mostrar la imagen de un gobierno condescendiente a la negociación. El resultado fue que

el gobierno apareció cediendo benévola y comprensivamente en sus pretensiones impositivas, en verdad obtenía algo razonable. En cuanto a los dirigente agrarios, les permitió salvar el desprestigio sindical frente a sus bases y ofrecer la prueba de que, lejos de haber influido en la masa campesina para la aceptación de la tasa, obligaron al gobierno a retroceder.

Sin preguntarnos sobre si el conjunto de estas aseveraciones puedan ser verdaderas o falsas el hecho es que la resistencia al impuesto hacia el bloque independiente campesino y se constituyó en el primer intento organizado frente al sindicalismo agrario paraestatal, sometido a las estructura del PMC. Este acto de verdadera disidencia campesina a los planes del Estado surgió de un momento que ponía en cuestión la "lógica expansionista del Estado" en detrimento del campesinado parcelario (Lavaud: 1984, 301).

Mientras se desarrollaba la confederación, los sectores que habían hecho su abandono (delegaciones de La Paz y Oruro) constituyeron el BIC en un acto en el paraninfo universitario, de este se dio origen y se firmó un pacto campesino-universitario, cuyas bases fueron las siguientes:

- 1.- Compromiso de sólida unidad para luchar por intereses mutuos.
- 2.- Compromiso de la CUB para defender los derechos adquiridos por el sector campesino.
- 3.- Rechazo categórico del PMC, oponiendo a ese pacto el de campesinos y universitarios.
- 4.- Declaración de que la policía del Gral. Barrientos no significaba una solución a los problemas del agro ni del país.
- 5.- Rechazo del impuesto único agropecuario (IUA).
- 6.- Compromiso de los campesinos para defender la autonomía universitaria.
- 7.- Compromiso conjunto para luchar por la liberación económica y social del pueblo boliviano.

Por su parte, el BIC emitió un manifiesto en el cual rechazaba al conferencia declarándola apócrifa y asimismo insistió que lucharía por una genuina organización campesina desde las bases, subcentrales hasta la CNTCB (P, 11-12-68). Como acto inmediato se realizaron

manifestaciones y bloqueos en las principales arterias de la ciudad La Paz. Eligieron luego sub comité nacional compuesto de manera inicial, exclusivamente por campesinos de La Paz dejando en suspenso algunas carteras susceptibles de ser llenadas con representantes de otros departamentos, que se adhirieran posteriormente al movimiento; conformaron, asimismo, su comité departamental, esperando la formación de sus similares en otras regiones.

Contrariamente, Cochabamba desde el principio apoyó el pago del IUA, y se constituyó la punta de lanza para su implantación. En sus innumerables y constantes visitas a las poblaciones del valle Cochabambino, el Gral. Barrientos había ido propagandizando tal medida desde hace un tiempo atrás (ver por ejemplo al PL, 1§ y 4 agosto de 1977) y según los dirigentes agrarios, "había un ambiente magnífico en las filas campesinas para contribuir al erario nacional". Dada la tradición y el poder con que gozaban los sindicatos agrarios de Cochabamba a nivel nacional y ganándolos a su causa, Barrientos creía contar con la fuerza necesaria para la prosecución de sus planes fiscales.

En el congreso, a la cabeza de Jorge Soliz, Salvador Vásquez, Gregorio López y otros líderes sindicales, Cochabamba fue un gran apoyo a las propuestas gubernamentales. Sin embargo no les permitieron hablar e intimidaron a dirigentes del Morro de Sacaba (PL, 14-12-68), y este indicio es fundamental para ver que algunos dirigentes agrarios del departamento rechazaban o aceptaban a regañadientes la implantación del impuesto único, pero se cuidaban de hacerlo público tal vez por el temor a ser desplazados de las esferas dirigenciales dado el consenso barrientista en el sindicalismo campesino en los valles de Cochabamba. Con ello inclusive, no se supo de abandonos de ninguna delegación de Cochabamba, actuando todo ellos en bloque, respaldando el proyecto (PL, 1§-12-68).

Luego de la conferencia el Gral. Barrientos volcó sus esfuerzos a explicar y propagandizar personalmente los alcances de las medidas aprobadas por todos los rincones del país. A esta labor contribuyeron los dirigentes agrarios fieles al gobierno, preparando concentraciones y conferencias en sus respectivas federaciones, centrales, etc. Con el mismo fin estas giras coincidieron con un proceso de agudización del rechazo

al impuesto único a lo largo de todo el país, que se expresaron en movilizaciones y pronunciamientos contrarios y hasta hostiles. En Santa Cruz en asamblea campesina: "si quieren impuestos primero deben darnos condiciones para labrar la tierra y mercados para nuestros productos" (PL, 15-12-68). En La Paz, Oruro, Beni y al norte de Potosí se dieron pronunciamientos similares; en la colonia Cuatro Ojitos de Santa Cruz se dieron bloqueos y toma de rehenes, pero la mediación presidencial tuvo éxito; liberó a los rehenes y trocó la manifestación en una manifestación de apoyo, siendo levantado en hombros por los pobladores 16/. En Berlin población cercana a Achacachi no sucedió lo mismo. Ni siquiera le dejaron explicar los alcances y beneficios del impuesto único porque salió despedido por una pedreada. Luego del incidente Achacachi fue ocupada por tropas del ejército y de la guardia nacional de seguridad pública. 17/

Este tipo de movilizaciones campesinas "antifiscales" no se produjeron en Cochabamba, por el arraigo del barrientismo en la zona y la preponderancia institucional del PMC. Al contrario, se dieron muestras de apoyo al gobierno y la labor presidencial: "Los opositores al impuesto sólo persiguen fines políticos pues trabajan al servicio de doctrinas extremistas..."; "son elementos que actúan en perjuicio de su propia clase, prestándose a maniobras políticas e impidiendo el progreso del campesino. Sin embargo, colaboremos al gobierno en la consecuencia de los objetivos patrióticos que se ha trazado." (Palabras de Salvador Vásquez, PL, 4-I-69) 18/

Si bien el impuesto fue aprobado por mayoría y contemplaba su aplicación a partir de septiembre de 1969, previa aprobación congresal, las movilizaciones campesinas determinaron su postergación indefinida y archivamiento. En marzo de 1969 Barrientos, lacónicamente, afirmaba: "Mi gobierno no dictará el decreto hasta que los hermanos campesinos no se convenzan de los beneficios del impuesto único agropecuario" (PL, 5-3-69).

El IUA fue sin lugar a dudas el mayor fracaso político de René Barrientos Ortuño. Dejando de lado sus consecuencias al nivel de la política económica que implementó, el aspecto más importante o consecuencia más importante constituye el hecho de que se resquebrajó la unidad relativa del campesinado en sus relaciones con el Estado. Se podrá

argumentar que esta unidad no pasó de ser una ficción, dado que existían lugares y sectores donde el barrientismo y su "baza de mano", el PMC, no calaron con la misma fuerza como en los valles de Cochabamba aunque es un hecho es que el campesinado si estuvo unificado bajo su gobierno. Veamos de que "unidad" estamos hablando.

Se trata ante todo, de un compartimiento, unitario del campesinado en sus relaciones con el Estado y la Sociedad, vanguardizado y hegemonizado por el campesinado cochabambino. Nunca -ni bajo los últimos períodos del MNR como en este período el campesinado estuvo tan cooptado por el aparato del Estado y el discurso estatal, que tenía como principal componente el PMC, y era donde encontraba su unidad. Dentro de la ideología implícita que contenía el PMC y el discurso castrense, las FF.AA. representaban la unidad del campesinado y los partidos el faccionalismo y la dispersión. Es por ello que uno de los puntos del PMC prohibía el ingreso de los partidos al campo, y las mismas bases campesinas internalizaron tan profundamente este principio que hasta el día de hoy el accionar de los partidos en el campo trae inmediata desconfianza. En este sentido el campesinado vio el ejército, ergo; al Estado, con el mejor, sino el único medio para alcanzar su unidad. Su unidad se lograba por mediación estatal y sin exagerar podríamos afirmar que el Estado era el referente inmediato de su unidad. Acaso no es evidente que frente al faccionalismo imperante durante el MNR, Barrientos es la solución por vía de la pacificación y la unidad campesina? Entonces si hablamos de unidad nos referimos básicamente a la cohesión que se observa en el campesinado en el servicio estatal y en la "uniformidad" de su comportamiento ideológico. El mismo PMC no expresa otra cosa que la plena identificación del campesino con el Estado, y ese Estado estaba personalizado y materializado en la figura carismática de Barrientos. Ningún gobernante salvo el mismo, claro, pudo haber conseguido tal consenso. 19/

Con el IUA, pensó que podía modificar él mismo los límites del pacto de reciprocidad -tal vez cayó en la trampa de pensar que el poder era "infinito"- donde ambos sectores, Estado y campesinado, se movían como en un tablado escénico. "Salió de escena" y ello trajo consigo el primer bloque de disidencia, que más tarde no hizo otra cosa que multiplicarse. Esto prueba la aserción de que allí donde se ejerce el poder, nace la

resistencia. O: allí donde existe poder existe resistencia (Foucault). Aunque sea mínima y esté al acecho de una oportunidad propicia para pronunciarse públicamente.

A su momento, el bloque independiente representó una ruptura que reclamó al Estado mantenerse en sus límites de su "tácito contrato", de que ese Estado se mantuviera en el marco del Estado nacido el 52, impidiendo que el mismo avasalle al parcelario y genere nuevas formas de sojuzgamiento. Pero el BIC no ofrece otra cosa que un rechazo pavloviano que no llega a articularse en propuesta alternativa con su consecuencia de vinculación con las demás clases y el resto de la sociedad. Prueba de ello es que el BIC estuvo alejado de las bases campesinas y nunca llegó a tener el arraigo necesario en el campesinado entre otros motivos porque sus dirigentes pertenecían a las épocas del MNR y estaban "quemados" (Albo: 1979, 106).

El mérito del BIC es el gesto de la disidencia y el "énfasis en la palabra "independiente", es decir, fue la primera organización campesina que conocía claramente la dependencia general que los sindicatos tenían con relación al gobierno y la necesidad de romperlo (Albo: 1979, 105). Otro hecho igualmente importante es que se constituye en el primer pronunciamiento político público en contra del PMC, que abre un período donde las denuncias de su carácter civil aglutinará a sectores contestatarios del campesinado a nivel nacional, que irán configurando las formas subjetivas de una ruptura del Estado del 52.

IX. El PMC y los gobiernos de Ovando y Torres

A la muerte del Gral. Barrientos no se hizo esperar la reacción del campesinado frente a su sucesor, el Dr. Siles Salinas, al cual, acusándolo de rosquero y gamonal, le dieron un ultimátum para dejar el gobierno en manos del comandante en jefe de las FF.AA., Gral. Alfredo Ovando Candia. En una concentración realizada en Cochabamba, Ovando fue investido como "sucesor de Barrientos" y "líder del campesinado boliviano", recibiendo el bastón de mando. Siempre en nombre de la "defensa de la revolución" y de sus conquistas sociales el PMC sirvió esta vez para desconocer al gobierno legalmente

constituído y proclamar al Gral. Ovando como presidente. Ovando, sintiéndose heredero de Barrientos, en esa oportunidad hizo esta alocución mesiánica y paternalista: "...si la revolución fue desviada estoy yo para salvarla... saber que tengo el coraje suficiente para oponerme a cualquiera que pretenda poner en peligro la revolución, llámese lo que se llame si el quiere lo desafío en cualquier terreno para luchar con mis campesinos, mis FF.AA. y mi pueblo. Me habeís confiado este bastón, como padre tengo que responder a mis hijos. Volved a vuestras chozas y empuñad vuestros fusiles para defender la revolución" (PL, 3-5-69). A su tiempo, las organizaciones agrarias manifestaban que exigirían el fiel cumplimiento del PMC "para no tergiversar el camino de la revolución trazado por Barrientos" (PL, 16-5-69).

Estas actitudes provocaron acciones contrarias en la ciudadanía, y si bien las FF.AA. guardaban cierto recelo en el nuevo presidente, conyunturalmente desistieron del golpe y decidieron respetar el marco de la ley, "manteniendo el control de las organizaciones campesinas y otras afines a las FF.AA. para utilizarlas -si fuese necesario- en apoyo de la institución" (Prado: 1984, 237 subr. nuestro).

Repetidas veces proclamado sucesor de Barrientos, Ovando comenzó a realizar visitas con el fin de promover su candidatura. Tarea, empero, no exenta de dificultades, dado que algunas centrales no gozaban de su confianza ^{20/} y como consecuencia de ello se produjeron algunos choques entre Cliza y Ucureña, con saldo de 6 muertos según versiones, miembros de la FF.AA. participaron en los hechos (declaraciones del dirigente de Toco, Andrés Villafan en PL, 2-9-69). La PUL, el mismo día, repudió lo sucedido afirmó que miembros del ejército actuaron en represalia a la resistencia opuesta por los dirigentes y el sindicato de Toco a ser "oficialista", es decir, "Ovandista" (PL, 2-9-69). Estas rencillas intercaceristas -dado que la mayoría del campesinado seguía mostrándose fiel a las FF.AA. y la PMC, salvo el BIC- ya se veían dando desde antes de la muerte de Barrientos, porque no estaba definida su candidatura y al parecer, como vino a saberse después, quería proclamarse dictador, no sin antes realizar una noche de "cuchillos largos" donde incluso figuraban nombres de las FF.AA.

Todo ello, al fin, resultó innecesario ya que el 26 de septiembre de 1969, las FF.AA. a la cabeza de Ovando se hicieron cargo del poder mediante golpe de Estado, su escena clásica. La debilidad del gobierno de Siles Salinas se manifestaba flagrantemente desde la muerte del Gral. Barrientos, dado que no tenía bases de sustentación, salvo la Constitución Política del Estado que definitivamente no es una base. El golpe fue la salida lógica y el 26 de septiembre fue tan sólo un capítulo más, que recibió el apoyo de la clase campesina, que ya anteriormente había declarado fehacientemente su deseo de que fuese así.

En el período Ovando Torres el discurso militar se modificó con la adopción de nuevos elementos que definieran una nueva ruptura respecto al discurso militar de la época de la restauración. Estos nuevos elementos están diseñados en el "Mandato Revolucionario de las FF.AA.", en el texto del discurso de Torres -comandante en jefe de las FF.AA.- en la Confederación de la Junta Interamericana de Defensa, y en el discurso del mismo en el foro "Los caminos de la Revolución" realizado en Cochabamba.

El centro o el eje discursivo donde transcurría la doctrina y discurso militar anterior era el exacerbado anticomunismo, que dentro de las estrategias de bipolaridad este-oeste, identificaba el enemigo interno ("frontera interior") al movimiento obrero y popular; prueba de ello es la represión y oposición de las minas. Doctrina, en suma, que sirvió de base para la desnacionalización de nuestra economía dado que en la misma los criterios de la defensa nacional, de agresión, de economía y dependencia no tenían ningún tipo de ligazón. En el discurso militar de este período que estamos viviendo se redefinen los conceptos y se insertan en el marco de un proyecto antiimperialista cuyo sujeto de renovación estratégica vendría a ser la unidad del pueblo y las FF.AA. Más concretamente: la unidad de obreros, campesinos, intelectuales y soldados. Bajo este discurso la defensa de los recursos naturales y humanos, la defensa de la economía nacionalizada el desligamiento de la bipolaridad este - oeste a cambio del apoyo al movimiento de los países no alineados y la dependencia de los países dependientes frente a los planes de imperialismo, adquieren jerarquía de primer orden. El enemigo interno deja de ser el movimiento obrero para convertirse en la miseria y el atraso; la

soberanía se entiende prioritariamente como soberanía económica y soberanía sobre los recursos naturales; el concepto de agresión es aplicado al de agresión económica.

El cambio discursivo operado y el decisivo giró antiimperialista del mismo contrastaba con el discurso Barrientista, y sin embargo el campesinado se adscribió a él, a tal punto que no sería exagerado afirmar que el campesinado hablaba lo que hablaba el Estado, en la materialidad de la figura del presidente su definición política e ideológica partía de allí y era incapaz de autodefinirse y autoidentificarse. Era un apoyo ciego, que no obedecía a ninguna ruptura con su conciencia "dependiente" y era un acto reflejo de servicio al Estado. Pese a su discurso, Ovando nunca desmontó la maquinaria barrientista en el gobierno y es por esta razón que el sindicalismo paraestatal y el PMC funcionaron con la misma fuerza y vehemencia de los tiempos de Barrientos. Muestra clara de ello es la ratificación del PMC en el congreso extraordinario de Capinota, donde se rechazan categóricamente las resoluciones del IV Congreso de la COB y la tesis socialista de los trabajadores 21/. El 17 de mayo de 1970, reiterando por segunda vez el rechazo a las consignas de las COB y su apoyo incondicional al gobierno, la Fed. Deptal de los campesinos de Cochabamba manifestaban en tono amenazador "que antes de permitir un 21 de julio estaban dispuestos a reeditar un noviembre". El nuevo brote guerrillero de Teoponte afirmó más aún su unidad con los militares y marcharon sobre la ciudad de Cochabamba para reprimir violentamente una manifestación universitaria que exigía el aclaramiento de los asesinatos de Jenny Koeller y el Elmo Catalán, ambos miembros del ELN (PL, 22-9-70). Rechazaron asimismo las declaraciones de Lechín que "agraviaban a las FF.AA.", afirmando que el PMC era "una necesidad y una salvación dado que las FF.AA. habían tomado a su cargo una cruzada cívica de recuperación nacional en la cual el campesinado estaba jugando el papel preponderante" (PL, 3-7-70). Igualmente se mostraron dispuestos a aplastar al movimiento guerrillero "en virtud del PMC" (PL, 24-7-70).

Luego de los sucesos de octubre, donde el sector mirandista del ejército acorraló a Ovando, se mostraron decididos a marchar sobre la ciudad de La Paz en apoyo del derrocado. Empero esta movilización de lo que quedaban de las milicias campesinas no

se la hizo conjuntamente con las fuerzas vivas del departamento y se negaron a establecer un comando conjunto con universitarios, fabriles y sectores medios. Estuvieron ausentes de la primera manifestación de apoyo a Torres efectuada el 7 de octubre, por la presidencia de dirigentes agrarios de izquierda, como eran Gregorio Arias y Miguel Veizaga, que tenían poca o nula representatividad (PL, 8-10-70). Más tarde cuando pasaron los sucesos, la federación hizo su primera declaración pública a las FF.AA. donde todavía se conocía a Ovando como el líder máximo del campesinado. Este aislamiento del campesinado respecto a las otras clases subalternas, éste su rechazo a todo tipo de manifestación de la sociedad oprimida, éste su distanciamiento, en fin, de la clase obrera es una constante en cuanto a su comportamiento frente a su entorno social. Busca la colusión de sus intereses políticos con los de la clase en el poder y esto lo aísla del resto de las clases.

Por este motivo, con Torres la actitud del campesinado puede definirse con la palabra perplejidad. Perplejidad que luego se hizo reserva y desconfianza por su acercamiento a las fuerzas de izquierda y la COB. Aunque nominalmente se dan muestras de apoyo, éstas más parecen ser la continuación de una costumbre. Son otros los sectores del campesinado nacional que van de la mano con el proceso de radicalización de los sectores obreros y populares. Sectores que se adscriben a la tesis socialista de la COB y al funcionamiento de la Asamblea Popular, rechazado por los otros sectores mayoritarios. Se trata de UCAPO; la Federación de Colonizadores y el BIC, cuyos principales asentamientos fueron el altiplano y Santa Cruz. UCAPO, de ideología marxista, puso en marcha tomas de tierra en Santa Cruz, zona donde la reforma agraria no había afectado mayormente la propiedad latifundista, ocupando por la fuerza las haciendas Chané-Bedoya y Versailles. La Federación de Colonizadores bloquearon caminos interprovinciales y el BIC apoyó tales movimientos. Todo este panorama configuraba la emergencia de sectores campesinos que habían mantenido una política independiente frente al Estado y transitaban hacia una ruptura porque estaban más impregnados de una ideología radical y contestataria. En este contexto de agitación social se realizó el IV Congreso Campesino en la ciudad de Potosí, al cual no acudieron las

organizaciones citadas anteriormente por considerarlo un congreso manipulado y oficialista. Pese a que en el gobierno de Torres "las presiones coactivas del pacto militar-campesino se aflojaron notablemente, permitiendo un proceso de organización democrática de los sindicatos agrarios " (Rivera: 1984, 125) no estuvo lejos de la voluntad de las FF.AA. seguir controlando a los campesinos mediante el PMC. Escuchemos las palabras de Torres en la inauguración del congreso: "es imprescindible que usted mantenga su alianza con las FF.AA. y con todos los sectores populares del país..." (Cit. en Flores: 1984, 461).

La tendencia en dicho congreso fue la de desconocer al PMC o mínimamente reformularlo. Las delegaciones de La Paz, Oruro y Santa Cruz se mostraron decididas a su desconocimiento y era un hecho que varias federaciones a lo largo del país ya lo habían desconocido (PL, 3-I; 13-7; 18-8-70). Al cabo de las deliberaciones no se sacó nada en concreto respecto a la ratificación o anulación del pacto (Flores: 1984, 462) aunque se dijo que se trató de ampliarlo para la incorporación de universitarios y obreros para de esa manera "aglutinar las fuerzas revolucionarias del país", dejando los restantes puntos en vigencia dentro del marco de la acción cívica y el desarrollo agrario" (PL, 11-8-71).

Cochabamba fue intransigente en la defensa del pacto con los militares y la Federación Deptal. de Campesinos integró un frente conjunto con las Federaciones de Chuquisaca y Pando para ratificar el pacto y desconocer "las desafortunadas declaraciones de Genaro Flores" realizadas en Potosí (PL, 14-8-71), pidiendo la realización de un ampliado nacional de ejecutivos de federaciones y altos jefes militares para analizar con detenimiento el asunto. Mientras que el congreso había dejado la posibilidad de realizar un futuro ampliado para definir la posición del campesinado nacional frente a la Asamblea Popular, la Federación Deptal. descartó toda posibilidad de participar en el seno de la COB y la Asamblea Popular: "no integraremos organismos que sean liderizados por políticos, conociendo la trayectoria de J. Lechín Oquendo"; y acabó por desconocer las resoluciones adoptadas en el Congreso, declarándose independiente respecto a las

mismas; dado "que no representaban el pensamiento de las mayorías ni su línea política" (PL, 17-8-71).

Sin lugar a dudas, en este período y luego de la época barrientista, este congreso fue el más democrático que hubo, porque la coyuntura dotó a la presencia obrera y popular de una inusitada fuerza en la escena de los acontecimientos políticos que tuvo su correlato en la ofensiva antiestatal de sectores campesinos que se movían con relativa autonomía frente al control y tutela del Estado a través del PMC. Fue la dominación obrera la que no dejó a Torres con las manos libres para realizar tranquilo el trabajo de ganarse el apoyo de las bases campesinas, base social donde se edificó el poder de Barrientos. Lo curioso de Torres es que no contó ni con el apoyo masivo e incondicional del campesinado conservador y obediente al PMC (como en los anteriores regímenes militares de Barrientos y hasta el "affaire" Soliz, Ovando) 22/ ni con el apoyo de los otros sectores radicalizados (pequeños respecto a la otra masa parcelaria). Generó reserva en aquellos por su acercamiento a la izquierda y a los sectores obreros, y generó desconfianza en los otros porque dubitaba en su apoyo directo y frontal. La extensa base social campesina de los anteriores gobiernos se dispersó transitoriamente y pasó a la expectativa y contemplación de los hechos. El gobierno no pudo integrar realmente al campesinado y todas sus tentativas en este sentido fracasaron; por el otro lado, tampoco el sector contestatario se articuló debidamente con el movimiento obrero popular. El resultado, el aislamiento político del campesinado en su conjunto (Flores: 1984, 461).

La crisis estatal de 1971 es el fruto entonces del abandono fugaz del campesinado en el sostén del Estado, mientras que la clase obrera no pudo imponer su hegemonía y legalidad al conjunto de la sociedad, dado que en su acto interpelatorio no abarcaba más allá que ciertos sectores de la pequeño burguesía y los partidos de izquierda. El grueso del campesinado permanecía quieto.

X. Banzer y la masacre del valle

El Gral. Hugo Banzer apoyado por fuerzas civiles, el MNR y el FSB, puso fin al interregno torrista y acabó con una feroz represión todo el avance y el ascenso de masas de 1971. El MNR y el FSB conformaron el frente popular nacionalista, FPN, y teóricamente este gobierno hasta su disolución en 1974. En los hechos y a la inversa de lo que pensaban estos partidos no fueron las FF.AA. el "brazo armado" del frente civil sino que los partidos fueron la "máscara civil" que legitimaba de alguna manera al golpe. Desde un principio las FF.AA. fueron el único poder y cuando ya no necesitaron los alejaron del gobierno con un simple documento de receso de toda actividad política sindical a fines de 1974.

Luego del golpe, se reconoció la vigencia absoluta del PMC y en noviembre del 71, Banzer es proclamado líder del campesinado boliviano en una concentración campesina en Punata, donde se hizo entrega de los símbolos del mando: el bastón, el lluchu y el pututu. Posteriormente continuó con una serie de proclamaciones en Oruro, La Paz, Potosí y Chuquisaca.

En enero de 1972, se reúne un nuevo congreso campesino donde se ratifica el PMC a nivel nacional y se elige otra directiva encabezada por Oscar Céspedes, Santiago Argote, Willy Román. La prensa se refirió en los siguientes términos a las deliberaciones llevadas a cabo: "el campesinado se pronunció en favor del nacionalismo vigente en el país y decidió ratificar su pacto con las FF.AA. realizando sus actividades con prescindencia de toda política partidaria. La lectura de los documentos aprobados inducen a pensar que en dicho congreso primó la corriente nacionalista; aparentemente no se produjo en el ninguna pugna de supremacía entre el MNR y el FSB. En el congreso tampoco se advirtió la presencia de corrientes socializantes que el año pasado se habían mostrado en una reunión similar. La ratificación del PMC significa que las FF.AA. recuperaron posiciones en el campesinado sindicalizado. Dicho pacto fue duramente combatido el año pasado por agrupaciones de izquierda tanto como algunas zonas tuvo que ser declarado sin efecto" (PL, 23-I-72).

Se trató de hacer intervenir al campesinado en general, como una tercera fuerza en el FPN pero se negaron terminantemente ya que ellos "se encontraban representados por las FF.AA. y por su líder el presidente de la república" (PL, 8-7-72) y no era necesaria su

participación, prefiriendo mantenerse al margen de todo organismo político. La CNTCB a su vez declaró que no se oponía al FPN pero que prefería mantener su "línea independiente" en cuanto ello aseguraba su unidad y estrechaba más sus relaciones con las FF.AA. (PL, 2-8-72).

Bajo los primeros años de su gobierno y para sellar mejor su alianza con los sectores campesinos, emprendió una fuerte labor en Acción Cívica en las cuales el departamento de Cochabamba tenía prioridad (PL, 30-6-72). La misma finalidad motivó la dictación de una serie de decretos que irían en beneficio directo del campesinado, como ser, el seguro social campesino, proyectos de irrigación, proyectos para crear una industria del tractor, etc.; que muy pocos se transformaron en hechos.

En este mismo período presenciamos nuevamente una agudización de la oratoria anticomunista propia de la época de Barrientos: "No son la hoz y el martillo, no son los microbios rojos los que han de transformar la esencia y naturaleza de la tierra. Contra ellos tenemos que tener el arma lista en la mano para defender a la Patria que nos legaron nuestros manes: contra aquellos que quisieran arriar nuestra bandera para luego encumbrar en la cima el trapo rojo. Tenemos que unirnos para defenderla con el arma en una mano y con el arado en la otra.." (palabras del Min. Agricultura, Gil Reyes en una concentración de campesinos. PL, 17-10-71). Se volvió a la práctica de las amenazas, amedrentamientos y comunicados y se advirtió "defenderían al gobierno con las armas" dado que el PMC estaba "orientado a la cooperación y a la defensa de la nación de los enemigos internos y externos" (PL, 11-I; 13-8-72).

Es muy difícil asegurar que el campesinado haya apoyado al golpe de Banzer de manera activa. Aunque la prensa afirmó que muchos milicianos de Cochabamba se dirigieron a Oruro a combatir sin entrar en acciones, es presumible que el campesinado en su conjunto hay sido nada más que un espectador que veía cómo se iban desarrollando los acontecimientos sin participar directamente en ellos. Luego, y fieles a la costumbre y se reconocieron en el nuevo gobierno proclamando a Banzer "fiel seguidor de Barrientos".

Sin embargo esto no es meramente gratuito, dado que respondía nomás a verdaderos sentimientos conservadores que seguían vigentes en el campo, particularmente en el

valle cochabambino, por la fuerte implantación barrientista de la zona. A pocas semanas del golpe banzerista un dirigente del valle alto se expresaba en los siguientes términos: "Desde la muerte de nuestro líder máximo René Barrientos varias obras se han paralizado durante los gobiernos de Ovando y Torres. Días antes del movimiento insurreccional éramos perseguidos por el simple delito de haber manifestado lealtad al malogrado presidente Barrientos" (PL, 7-9-71). Macedonio Juárez, poderoso cacique de Cliza, exilado en la época de Torres a su regreso afirmaba que era solidario con el gobierno de Banzer dado que Torres los "empujaba al comunismo" (PL, 5-9-71).

No obstante que apoyaban al gobierno, las primeras medidas económicas lanzadas en octubre-noviembre de 1972 merecieron el repudio y el rechazo de parte del campesinado del Valle Alto. En la oportunidad, campesinos de Ucareña y Cliza lanzaron el siguiente comunicado: "1§ Declarar traidores a la clase campesina, a los pseudo-dirigentes de la CNTCB y de la Fed. Deptal. que sin consultar a las bases se han permitido prestar su apoyo incondicional a esta medida atentatoria contra la economía campesina; 2§ Rechazar enérgicamente la devaluación y alza del estándar de vida con grave perjuicio a nuestros ingresos hogareños; 3§ declarar que nuestra protesta pública no obedece a la defensa de nuestra escasa economía; 4§ Como demostración de nuestro desacuerdo desconocemos a los serviles llamados dirigentes campesinos de Bolivia y Cochabamba." (PL, 8-11-72). Ello motivó que el ministro Guido Humérez Cabrera de la carretera de agricultura se traslade a Cochabamba a explicar los últimos decretos de estabilización al cual respondieron los campesinos que no lo aceptarían y bloquearían las carreteras si en un plazo de tres días no levantaban las medidas. La respuesta del gobierno fue la movilización de efectivos militares hacia el Valle Alto que culmina con varios detenidos y algunos heridos. La prefectura emitió en la oportunidad el siguiente comunicado:

"Una concentración campesina ha querido ir a la franca alteración del orden en el rea rural, llegando inclusive en calidad de rehenes a elementos uniformados en la región de Ucareña. Las autoridades militares y políticas con la presencia del ministros han tomado las medidas que el caso aconseja para garantizar al orden público.". La Séptima División:

"En las poblaciones de Cliza y Ucureña se produjeron actos de violencia protagonizados por un sector de campesinos inducidos por elementos extremistas de conocida filiación política empleando para ese fin la innoble práctica de la embriaguez sistemática para luego empujarlos contra las FF.AA. Como resultado de estos actos vandálicos se tuvo que lamentar la toma de rehenes de dos oficiales y soldados habiendo en esta circunstancias caído un oficial. El objeto de esa desatino no es otro que el crear problemas al gobierno. Las demás poblaciones del valle repudiaron enérgicamente estos actos y se pronunciaron en favor del gobierno y las FF.AA." (PL, 14-11-72).

Esta movilización de rechazo a las medidas económicas a fines de 1972 ya nos preanunciaban de alguna manera las de 1974, aunque esta primera protesta estuviera localizada y circunscrita tan sólo al Valle Alto y a sus dos localidades más importantes.

Las consecuencias más importantes de esta movilización es la creciente renovación de los cuadros sindicales que relativamente van adoptando una política más independiente del esquema oficialista y planteando al Estado una nueva orientación a su Política Agraria. Sus exigencias en el período que van desde fines del 72 hasta 1974 directamente plantean un mayor control en el manejo de la política gubernamental hacia el agro y también una mayor participación en las decisiones. Entre estas peticiones, que van en aumento, podemos citar, desde el cambio del directorio de microrriegos de Cochabamba, fiscalización del impuesto a la chicha, aclaración de los negociados en dicha oficina y la de microrriegos y hasta la petición de crear un Banco Rural, cursillos de capacitación técnica y sindical; aparte de sus clásicas peticiones de electrificación y riego. A fines del noviembre de 1973, la Fed. deptal de Cochabamba y los dirigentes de las catorce provincias elevan un alto pliego petitorio a las FF.AA. y el alto mando militar para que sean solucionadas satisfactoriamente sus necesidades prioritarias. Los mismos dirigentes consideraban que las FF.AA. "en virtud del pacto atenderían sus justas peticiones" (PL, 14-11-73). Esta esperanza fue reafirmada cuando la misión viajó a La Paz (PL, 28-11-73).

Todo este conjunto de exigencias y otra más del tipo de abastecimiento y comercialización de los productos agropecuarios fueron tocados y profundizados en el

congreso campesino departamental de Paracaya en diciembre del mismo año y en sus deliberaciones se veía el empuje de una nueva generación de dirigentes agrarios que reclamaban ciertos derechos que hacían referencia al pacto de reciprocidad con el Estado.

Este "horizonte utópico" se hace patente en la resistencia al paquete económico de enero de 1974, resistencia que culminó en una masacre. No entraré en detalle ya que el suceso ha sido muy estudiado, sin embargo existen 2 cosas importantes que merecen nuestra atención:

1. El campesinado aseguraba que las FF.AA. no podían disponer el desplazamiento de efectivos y tanquetas porque se mantenía en vigencia el PMC y a un principio los militares actuaron con mucha cautela porque tenían conciencia de que podían resquebrajarse el pacto. (PL, 28-I-74).
2. El campesinado durante el bloqueo recordó incesantemente al Gral. Barrientos y pidieron, como lo acostumbraron durante su gobierno, la presencia del presidente y la nominación del ministro campesino en la secretaría de Asuntos Campesinos, tal como lo había hecho el mismo Barrientos.

En ambas exigencias se nos está hablando de un movimiento que confiaba en arreglar el conflicto dentro del marco de la reciprocidad y dentro del marco del Estado del 52; que no cuestionaba su inserción en ese Estado ni tendía a redefinir su relación con aquél, sino que simplemente le reclamaban lo que pensaban como justo dentro de un pacto de partes simbólico y fundacional.

La masacre muestra que "todo el poder de negociación y aun las formas simbólicas de participación campesina en las decisiones estatales durante la gestión de Barrientos se había esfumado bajo el imperio de las leyes del mercado y de las políticas neoliberales del régimen Banzer" (Rivera: 1964,1 36). Con la masacre, el propio campesinado se da cuenta de la pérdida de su poder interpelatorio al Estado y asume la conciencia de que el pacto de reciprocidad es roto de manera unilateral y de que el mismo no tenía lugar en ese Estado. Su mundo ideológico se resquebraja porque "la utopía de su relación con el Estado" (Rivera: 1984, 137) se hace añicos ante la contundencia de la violación estatal y

por lo tanto se "quiebra el sustento ideológico de la subordinación campesina al Estado" (Rivera, *ibíd*).

Por otra parte, la misma masacre nos revela un otro fondo que hace referencia a cierta mentalidad colonial basada en el desprecio. Ya no se apela a la disuasión ni se accede a la negociación, sino que se recurre al exterminio. En todo ello se transmite un gesto oligárquico de corte racista que responde a una ideología de la cual todavía Bolivia no se despoja: la ideología del "momento constitutivo de los señores" (Zavaleta). Tolata, Epizana, Sacaba, Quillacollo son muestras descarnadas de un espíritu colonial del cual Bolivia sigue siendo de alguna manera tributaria.

La masacre del valle marca el inicio de una ruptura con el Estado del 52 y "modifica sustancialmente las percepciones colectivas del grueso del campesinado frente al Estado y la estructura del poder heredados de la Revolución Nacional" (Rivera, *ibíd*). Señala, asimismo la progresiva disolución del PMC y el inicio de una toma de conciencia en el seno del campesinado nacional que le abre las perspectivas de la autonomía y la autorepresentación. Ruptura, en fin, que le da la posibilidad de recuperar su propio rostro y su propia identidad. Fue Marx el que una vez habló de cómo una derrota podía trocarse -con el tiempo- en victoria.

NOTAS PARA UN ANALISIS: Homo Recíprocus

Es ya un lugar común en la antropología e historia andinas afirmar que el ayllu andino estaba articulado por los principios de reciprocidad y redistribución ^{23/}. Más tarde, el propio Estado Inca utilizó los mismos principios para cohesionar su imperio.

Ya dentro de la comunidad andina, las relaciones de reciprocidad asumían dos tipos de intercambio: simétrico y asimétrico. Al utilizar los mismos principios articuladores, el Estado Inca conservó para sí las relaciones asimétricas para con la comunidad, dejando

intacta la autarquía de la misma. A nivel estatal, entonces, "la reciprocidad repercute en la redistribución, pero como intercambio desigual" (Wachtel: 1973, 66). Si dentro del ayllu, la relación asimétrica requería componentes simbólicos y religiosos, en "su escala ampliada" al Estado Inca, necesitó de los mismos componentes con mayor énfasis. Es así como el Estado Inca puso en vigencia todo un ciclo de dones y contradones que enmascararon las verdaderas relaciones de explotación, dando al intercambio desigual la forma simbólica del don dentro del marco del sistema de intercambios andino.

A esto alude Godelier al afirmar que la "reciprocidad propiamente dicha se ve falseada, y se la utiliza en un nuevo contexto que permite el desarrollo del aparato estatal, mientras que el antiguo principio de reciprocidad ya no desempeñaba sino una función ideológica, que enmascaraba y justifica las nuevas relaciones sociales" (cit. en Wachtel: 1973, 75). Ideológicamente se encontraba justificado a los ojos de las comunidades dado que "cuando el estado elaboró un sistema de presentaciones personales de trabajo, las obligaciones recíprocas de los ayllus, conocidas y comprendida por todos, sirvieron de modelo" (Murra; cit. en Godelier: 1974, 188). De esta manera, el Estado Inca legitimó su velada explotación y las obligaciones y servicios al Estado de parte de los ayllus entraron a formar parte de su universo mental e ideológico, cobrando carácter de obligación recíproca (contra-don) para el Estado. A nivel estatal, por tanto, el principio de reciprocidad deja de funcionar como ordenador del trabajo comunitario y la producción y deviene cohesionador ideológico de todo el sistema. El Inca - como emanación y personificación del Estado- a través del mecanismo simbólico del don, fue visto y sentido como protector y como mediador entre la naturaleza y la cultura: fue sagrado.

Con la conquista todo el sistema de intercambios andino se disloca. Aunque la reciprocidad al interior del ayllu, para con el curaca, permanece, la redistribución estatal desaparece. Mientras que la reciprocidad andina incaica daba lugar a una redistribución del excedente -aunque de manera desigual-; con el nuevo sistema de prestación se da de manera unívoca, sin contraparte. La reciprocidad se transforma radicalmente para dar paso a una explotación sanguinaria: "se vuelve contra ellos y se pervierte" (Wachtel:

1973,148). Sin embargo, aunque transformado, el sistema de prestaciones personales de trabajo permanece en el sistema colonial bajo la forma del tributo.

No es aventurado afirmar, entonces, que las prestaciones personales y el pago del tributo colonial como formas de su relación con el Estado constituían parte de la percepción ideológica de esta relación y guiaron su posterior comportamiento frente al Estado. Por otra parte, para evitar interpretaciones abusivas, es también cierto y nadie pone en duda de que entre una cosa y la otra existe una gran diferencia: en un caso, la explotación es benévola y generosa -si el aserto vale-; velada y justificada ideológicamente; en el otro caso, la explotación es directa y sin mediaciones simbólicas e ideológicas algunas. Sin embargo, la comunidad como tal, en un mecanismo de feed-back (Lévi-Strauss) propone de alguna manera al Estado Colonial un nuevo modelo de reciprocidad: sólo le pide que no le quite sus tierras, lazo de reproducción material y lazo ideológico-simbólico que lo liga a la tierra y al mundo. Sólo le pide el reconocimiento de su derecho comunal a la tierra.

Un indicio revelador que corrobora, de cierto modo, estas aseveraciones lo da Platt cuando hace un estudio sobre el tributo en el norte de Potosí a fines del siglo XIX. El revisador Narciso de la Riva se sorprende de la buena voluntad de los comunarios a prestar servicios a los corregidores, párrocos y curacas, sin que estos lo consideren (a la inversa de lo que piensa el revisador de ello, como mecanismos tradicionales de abuso a sus personas, renunciando a esa parte beneficiadora de la ley de impuesto predial que el gobierno de aquel entonces quería imponer: "lejos de considerarse abusos, los indios percibían estas relaciones como servicios al Estado, en la persona de sus representantes, y se ofrecían de buena voluntad, mientras el Estado se mostrase garante de los derechos de los comunitarios a sus tierras..." (Platt: 1980, 4-5). Más adelante: "Dentro de la ideología comunitaria, tanto los servicios 'forzados' como la cancelación del tributo, de acuerdo a los cánones tradicionalmente aceptados, constituían la contraparte andina dentro de un 'pacto de reciprocidad ' con el Estado." (Platt. *ibíd*, 5).

La oposición que desató esta revisita debe ser entendida más como una resistencia a quebrar un orden tradicional, que como resistencia antiestatal a proseguir los servicios y

prestaciones. En realidad, era el mismo Estado que amenazaba romper unilateralmente este milenarismo pacto y con ello corría el serio riesgo de perder su legitimidad.

Bajo esta óptica, la rebelión de Zárate Willka tendría una de sus causales más fuertes en la ruptura de este pacto de reciprocidad que llevó al Estado Liberal a la usurpación de las tierras comunales y a la consecuente arremetida de los latifundistas, a partir de la promulgación de la ley de Exvinculación de 1874, "que acabaría modificando sustancialmente el paisaje agrario heredado de la colonia" (Rivera: S/F, 3).

Tal cual afirma Wachtel, "la ausencia de esta reciprocidad asimétrica a nivel nacional, expresa una verdadera inestabilidad en la estructura política y social de las repúblicas andinas" (cit. en Moore: 1979, 16 subr. nuestro).

Sin embargo, y en esto hay que ser claros, una vez roto este pacto, el movimiento y la rebelión indígena se plantea de manera autónoma una serie de objetivos claros 24/: más allá de exigir el retorno a un "pacto colonial" con el Estado -la recuperación de sus tierras comunales-, proponen instaurar un "nuevo orden", completamente distinto, anticolonial. Es el verdadero sentido de la palabra revolución: retorno al origen, al principio; a un viejo orden productivo y cosmológico.

Este "cánon mítico" 25/ puede rastrearse también en el gobierno de Villarroel y con la organización del primer congreso indianista, que básicamente pide la abolición de la servidumbre y el derecho de tránsito en el territorio nacional, dejando sin efecto la prohibición de entrar en plazas públicas. Tanto en el discurso inaugural de Villarroel como en la respuesta del organizador del congreso, Francisco Chipana, vemos que el principio que guía el discurso de ambos alude a mecanismos de reciprocidad, merced al cual se intentaría "restituir" un equilibrio estructural, dejado de lado por la república oligárquica, que al contrario, se organizaba sobre una ausencia: la ausencia de una relación y un pacto entre el Estado y el estamento indio.

Moore comprueba, efectivamente, la presencia de elementos culturales y tradicionales en el discurso de ambos oradores (Moore, op.cit), pero donde el componente reciprocidad se encuentra explícito es en el siguiente pedazo del discurso de Villarroel:

"Que el campesinado forma la mayoría nacional, que es la base de nuestra economía, y si bien el problema es complejo y de lenta realización, se debe proceder a solucionarlo, que los campesinos deben tener en cuenta lo que piden y lo que se da; porque en las relaciones humanas existe una norma que emana del derecho natural: 'doy para que des' y 'hago para que hagas'." (La Razón, mayo 11 del 45. cit. en Antezana y Romero: 1979, 112. subr. nuestro).

Después de la guerra federal y el aniquilamiento del malón de Willka (la geografía puesta en movimiento, habría dicho Céspedes), el Estado Oligárquico había basado su razón de ser en la represión y en la segregación, ya secular, del indio. En realidad construyeron y edificaron su Estado que anulaba -o pretendía anular- a ese país que creía correr detrás del progreso. Es así como Villaroel restituía de alguna manera un equilibrio olvidado y abolido por decenios de opresión liberal oligárquica: "Ese Estado, que sólo se hizo presente através de sus destacamentos armados y en el exterminio de la sublevación india de Willka, a principios de siglo: verdadero acto original, sobre la cual se funda 30 años de democracia liberal-oligárquica; ahora se presentaba como benefactores" (Soto: 1983, 68).

Este acto de devolver al Estado una paternalidad y un espíritu protector, y la "costumbre y el hábito ideológico " indígena y comunitario, se trasluce en la siguiente frase de un presenciante del colgamiento de Villaroel -en la cual terminó una revuelta popular alimentada por la rosca minero-feudal el año 46-: "Ha muerto nuestro Padre" (Dandler, cit. en Zavaleta: 1979, 95).

Es de particular importancia destacar -a riesgo de repetirlo una vez más- en el discurso de Villaroel elementos simbólico de reciprocidad Estado/Indios, dado que estaban ausentes en los discursos anteriores de Busch, orientados más a aspectos corporatistas y económicos (Moore: 1979, 23 *passim*). Sin embargo, la eficacia ideológica e interpelatoria cobra más fuerza cuando se logra contactar estrechamente la visión andina con el discurso político. En consecuencia, la identificación es más directa y la adscripción es casi inmediata. La interpelación ideológica tiene aquí por función dominante la función reconocimiento, es decir, "una función signo que permite a todos aquellos que defienden

los mismos valores, reconocerse, sentirse seguros en la comunicación de un mismo grupo..." (Guespin: 1980, 49).

Los efectos de este discurso fueron subversivos y dieron rienda a que en el campo muchos caciques se proclamaron Presidentes e Incas, y se movilizaran para pedir el reparto de tierras, la abolición servil y la proclamación de una nueva república de nombre "Bolindia" (LT, 25 mayo del 46. Cit. en Moore: 1979, 32). En los otros departamentos existían huelga de brazos caídos y sublevaciones.

Fue al MNR que le correspondió hegemonizar todo este orden de cosas y derrumbar al viejo Estado de la oligarquía. Abril, en palabras de Zavaleta, fue la fiesta de la plebe. El nuevo Estado elegido sobre las cenizas del anterior recupera su dimensión andina con la Reforma Agraria. Aunque la toma de tierras se produjo antes de la dictación jurídica y se vio presionada desde abajo -al menos en la zona de los valles de Cochabamba-, no se desarrolló de manera uniforme en el campo. Existen diferentes posiciones sobre el asunto. Por ejemplo, Zavaleta afirma lo siguiente: "En cuanto a la Reforma Agraria, tenemos aquí, una obra de las masas mismas bajo el impulso de la clase obrera. En su realización muy a la ley, y después, dando la forma y la aplicación que quería la ley actuaron centenares de agitadores sociales que surgieron de las entrañas de las luchas sociales del país..." (Zavaleta: 1979, 103). Una posición intermedia y más ecuánime la plantea Dlander: "... hay que reconocer que se consideraba una reforma agraria en el programa del MNR. Pero la forma, el contenido y alcance, momentos de promulgarla e implementarla, se determinaron, eventualmente por una conjunción de demandas campesinas en centros importantes (especialmente Ucureña), y una presión de algunos líderes y grupos dentro del MNR, que actuaron en el campo y también presionaron al mismo partido y al gobierno que asumiera una posición más activa, decidida y pronta" (Dlander: 1969, 21). Pese a ello, hubieron zonas que efectivamente reaccionaron después de la ley, en una franca actitud pasiva (ibíd, 20).

Según la lectura que vamos realizando de los hechos que nos presenta la historia, y bajo esa perspectiva, "la toma de tierras fue convertida, a través de la mediación estatal, que contaba con el factor tiempo para alcanzar sus performances de aparato estatal, en una

reforma agraria en la que el Estado, padre, donaba las tierras a quienes pertenecía después de milenios y las habían conquistado de hecho" (Soto: 1983, 73. Subr. nuestro). Después de siglos -ya que el intento de Villarroel no prosperó- el pacto de reciprocidad había sido nuevamente instituido y recuperado. La fuerza y el impacto ideológico de la entrega de tierras venida desde arriba hizo que el campesinado (indio ayer) se reconociera en ese Estado y lo reconociera como suyo propio. Desde los caudillos militares socialistas y desde Villarroel en particular, se podía hablar en común: el lenguaje del Estado era el lenguaje del campesinado. No es por otro motivo que la política paternalista y clientelar del MNR tuviese éxito 26/.

Este paternalismo para con el indio, liberado de la servidumbre hacendal e iniciado en la servidumbre estatal, ganó su espacio de legitimidad porque, de una o de otra manera, aludía y engranaba con un complejo sistema de intercambios y de reciprocidad andina que habita en su imaginario y en su comportamiento colectivo desde hace mucho tiempo. Abril puede ser visto como un gran pacto social entre el campesinado y el Estado, un pacto de reciprocidad por el cual el Estado practicaba el don (la tierra) y por su parte el campesinado ofrecía el servicio.

Para ello fue importante, empero, reescribir la historia desde el poder: es decir, para borrar de la memoria de las masas campesinas su papel en la toma de tierras. La conquista de las tierras pasa a ser una voluntad generosa del Estado. El carácter simbólico del mismo es más poderoso aún en aquellas zonas donde se actuó de manera pasiva. El discurso del poder se apoya, sin lugar a dudas, en el olvido.

La irrupción de toda la indiada en el país como ciudadanos y propietarios fue el hecho más importante. Se volvieron "por primera vez y para siempre, en hombres interiores al marco humano del Estado, hecho que implicaba una vasta democratización de la sociedad boliviana" (Zavaleta: 1979, 107). La tierra, "no sólo era Pachamama ahora, sino fue vista como un requisito de la independencia personal." (Zavaleta: 1983, 40). Pero el sentido económico de la conquista de la parcela viene desplazado por su sentido ideológico-simbólico: la restauración del equilibrio en el sistema de intercambios por su entrega de parcela pesó más en la mayoría del campesinado. La parcela en sí, en su

sentido económico material, no interesó tanto como que ello se convertía en propietario y ciudadano, y así participar de la vida nacional votar y de esta forma, igualarse a los demás en el cielo de la política, enmascarando su profunda desigualdad en el infierno de la producción (minifundio), el acceso al mercado (intermediarios) o en el sempiterno racismo de cuño señorial del criollaje.

La Reforma Agraria puede ser vista como un complejo ritual mediante el cual el conjunto de campesinado salía de una situación de "marginalidad simbólica" (Landi: 1981) a la que habían estado sometidos y representados en la visión oligárquica. Por lo demás, la Reforma Agraria, en un sentido, sólo vino a dar forma de jure a lo que se venía dando como proceso, al menos en los valles de Cochabamba, desde muy antes (Dandler: 1963. Larson: 1984). Confirmó jurídicamente al proceso de parcelación y minifundización.

Pese a su liberación el campesinado quedó dentro del discurso dominante, como un objeto cuantitativamente determinado (Antezana Juárez: 1979, 23) y sometido a un control desde el Estado.

Por todas las razones enumeradas es que se afirma que el peso ideológico de la entrega de tierras y la otorgación del voto fue enorme y verdaderamente fundacional: funda cerca de dos décadas de subordinación campesina al Estado, hasta la conformación del movimiento Katarista.

En los conceptos de Silvia Rivera, se podrían marcar dos etapas dentro de la subordinación: "en una primera fase se articula un movimiento amplio y democrático, centrado en la demanda básica de tierras por parte de la población sujeta a los latifundios, pero que contienen otras reivindicaciones implícitas, como el acceso al mercado y la democratización del poder. Esta fase puede caracterizarse como un proceso de subordinación activa del campesinado al Estado, donde el primero actúa como sujeto histórico y es capaz de imponer al segundo los términos y condiciones de presencia en la nueva estructura de poder" (Rivera: 1963, 136). A continuación: "la primera fase culmina en la consolidación de un aparato sindical paraestatal. En una segunda fase, y una vez resueltos los problemas de acceso a la tierra y al mercado, y participación en el poder a través de sindicatos y milicias, ...la cúpula del CNTCB se desarticula de la base y el

sindicalismo permanece atomizado en miles de pequeñas comunidades rurales que pierden progresivamente capacidad para hacer llegar sus reivindicaciones hacia la esfera estatal. Esta fase puede caracterizarse como de subordinación pasiva del movimiento campesino al Estado." (ibid.).

En términos estructurales, entonces, el campesinado obedeció al Estado, aunque, como todo proceso social, no estuviese exento de contradicciones y en un seno se hayan reproducido los efectos de las luchas sociales. La lógica de la sociedad impide que cualquier proceso social se desarrolle y transcurra de manera lineal y uniforme. La conformación del Bloque Independiente, los comités de base, etc., muestran a las claras que el movimiento campesino no se comporta de una manera unívoca. Muchos de estos movimientos estaban liderizados por ex-emeneristas desplazados, como en el caso de la BIC, en el período de Barrientos (Albo: 1976, 78). En el caso de los "superestados campesinos" -Achacachi con Toribio Salas, Ucureña con José Rojas, San Pedro de Buenavista con Narciso Torrico- se ubicarían dentro del contexto de una subordinación activa, pero de ninguna manera pondrían en tela de juicio o cuestionarían la legitimidad del Estado ni la legitimidad del pacto de reciprocidad; o sea, no estarían orientados a redefinir su relación con el Estado. Serían movimientos campesinos sujetos a una matriz invariante, que fijaría sus límites de acción.

El elemento definitivo en la etapa de subordinación activa es el sector obrero. Dentro del bloque de poder y la alianza interclasista, era indudable que el proletariado pesaba sobre la organización sindical campesina por el acto de la irradiación 27/, tratando de influir más que el Estado sobre el campesinado a nivel de su organización y su conciencia. Posteriormente, cuando fue emergiendo el espíritu de ese Estado y se disolvió la alianza obrero-campesina-partidaria con peso específico a dominante proletario, para convertirse en un alianza a dos términos: Estado-campesinado, con la cual, se inicia la subordinación pasiva, la irradiación obrera cesa y la irradiación estatal toma su lugar. El pacto de reciprocidad se pervierte notablemente y se aleja de su "letra" inicial; se llega a dividir al movimiento campesino por luchas intercaudillistas dentro de la clase política. Concurrente con este proceso, la burguesía dependiente empieza a

reconstruirse en el Estado mismo y basa su poder justamente en su alianza con el campesinado. El Estado y el bloque dominante -lo que vendría a designarse luego como la "nueva rosca"; Zavaleta prefiere el sugestivo denominativo de "casta secular"-rearticulan y readaptan la base social de sustentación del Estado, reprimiendo a los sectores obreros con el apoyo del campesinado. Llegamos así al Termidor del 4 de noviembre de 1964, inicio de los gobiernos militares de nuestra época moderna.

Fue Barrientos 28/ quien llevó este pacto Estado/campesinado a su rostro más crudo, a la sujeción estatal más profunda que haya experimentado el campesinado a lo largo de su historia de explotación. Esta sujeción se llamó "Pacto Militar-Campesino" y estaba mostrando en su propio nombre cómo el Estado del 52 en su núcleo represivo había llegado a controlar de manera decisiva a las masas campesinas. El hecho mismo de que fue un contrato de partes, la gente que lo hizo y que lo firmó no hizo más que materializar y poner en el papel de una manera asaz, explícita la corrupción de la revolución nacional y el refugio de ese Estado y esa sociedad en su lado más reaccionario. Al nivel que habían llegado las cosas dentro del pacto de reciprocidad (pongueje político, corrupción de caciques, la c'hampa guerra y el faccionalismo campesino), no es sorprendente como pudo llegarse a este orden de cosas y a la firma de esta transacción recíproca por la cual y gracias a la misma se instauró cerca de 20 años de gobiernos militares ininterrumpidos: "el régimen de Barrientos se fundó en lo que se bautizó, 'pacto militar-campesino', es decir, entre el sector menos politizado del movimiento democrático y el sector de la burocracia estatal más penetrado por el imperialismo. Demuestra ello sin duda hasta que punto los campesinos se habían convertido en el núcleo conservador del país, en su calidad de productores independientes" (Zavaleta: 1979, 119. subr. nuestro). En todo caso, el PMC se escondía como posibilidad dentro del pacto de reciprocidad de abril del 52, ya que este Estado, en una actitud que podría llamarse "instinto de conservación" o "espíritu de inmanencia" había reconstruido al ejército y lo había profesionalizado de acuerdo a los canones norteamericanos. Ya vimos como las FF.AA. habían ido reemplazando al MNR en el rol de la intermediación y la cooptación del movimiento campesino, además de practicar el

paternalismo asistencialista con la Acción Cívica. Dentro del discurso de poder también se halló el espacio de su justificación, porque el PMC llevó al límite la determinación cuantitativa del campesinado y lo convirtió en masa informe de apoyo. Como forma de sujeción estaba ya dentro del clientelismo y el pongueaje político; simplemente brotó a la superficie lo que el mismo proceso de la revolución fue incubando in nuc.

En otro sentido, el PMC funcionó de manera positiva: legítimó la restauración y fue la base social de la burguesía intermediaria que creció y se fortaleció en 12 años de gobierno emenerista. Fue una época signada por lo que Zavaleta denominó "miseria campesina": "lo que vemos ahora en el momento de Barrientos, es la miseria misma del explotado: es el explotado el que es la base del poder de los explotadores; la burguesía jamás habría podido realizar su acumulación en condiciones de paz sino existía aquel amplio sector de los pequeños productores que, aunque explotados por la vía del mercado, sin embargo se sentían contentos con lo que tenían. Esta casta, la de la clase dominante resurrecta en forma burguesa, que los había maldecido mil veces, tenía que prestarse no obstante -a falta de vitalidades propias- un hombre nacido de la resaca de la vida de pueblo, como Barrientos, para personificar su nuevo poder formado en lucha contra los obreros y se veía obligada a adular a los mismos que aborrecía con su ser entero" (Zavaleta: 1979, 119-20). O en otro lugar: "es el acoso obrero lo que obliga a la vieja casta desgraciada a la tarea de abrir de puerta en puerta en ingreso de los indios para convertirlo, ahora tranquilos con sus 4 conquistas, a causa de su triste atraso en sus aliados:" (ibíd). Inquietante y extraña correspondencia entre antiguos siervos y amos.

El PMC no fue impuesto entonces de manera vertical y desde arriba. Hubo aquiescencia de partes. Esto, porque el poder es una relación, no se lo ejerce sin más, es decir, no sólo se aloja en la represión y la fuerza, sino en el consenso y el consentimiento del dominado. Nadie puede negar que el 4 de noviembre fue un golpe de Estado con gran apoyo popular, campesino e inclusive obrero (aunque estos a los pocos días de consumado el acto mostraron sus reservas con el nuevo gobierno, plantearon nuevas reivindicaciones que el nuevo gobierno había mantenido en suspenso).

El gobierno de Barrientos se apoyó entonces sobre el campesinado parcelario y en este sentido puede decirse que tuvo algo de "bonapartista". Su política esta sustentada en ese apoyo -a costa de exprimir los salarios del proletariado y los sectores populares y su política represiva también: "el pacto militar campesino fue conditio sine quanon de arrasamiento del movimiento obrero" (Zavaleta: 1979, 120). Las milicias se movilizan para ocupar las minas. Si bien este modus operandi es de cuño movimientista, Barrientos extendió esta práctica al conjunto del movimiento obrero y popular, deslocalizando la represión también a las ciudades. Aquí, tenemos el caso de un "consentimiento activo" de parte del campesinado. La masa campesina funcionó como una verdadera clase apoyo, y si bien se dice comúnmente que a mayor hegemonía del bloque dominante, mayor desorganización de las clases subalternas, en este caso, el campesinado estuvo organizado: organizado para el sostén incondicional del Estado y para la represión 29/.

El PMC sin duda expresa una mutación en los sistemas de reconocimiento social y político: el sistema partidario y de representación política se quiebra para darle un espacio, inaugurando un nuevo tipo de mediación. La aceptabilidad del PMC se fue solidificando y cohesionando más aún con la imagen mesiánica que vendió Barrientos en sus visitas y giras innumerables. En su gestión, llevó al Ministerio de Asuntos Campesinos a un dirigente agrario y creó una Brigada Parlamentaria Campesina reclutada de los diferentes sindicatos y federaciones del país. Así se aseguraba cotidianamente el apoyo de este vasto sector social. Su presencia se hizo imprescindible para solucionar cualquier conflicto en el campo. Inició, finalmente, todo un estilo de ponguaje político que sus representantes y sucesores se dieron a la tarea de imitar 30/.

Son varias las razones por las que el PMC tuvo un fuerte arraigo en Cochabamba:

- 1.- Los valles de Cochabamba fueron la base donde se asentó el sindicalismo paraestatal implantado por el MNR y en ellos se afianzaron los primeros intentos de este partido para controlar al movimiento campesino. O sea, la presencia del Estado o sus representantes, fue más fuerte en esta zona que en otros lugares.
- 2- Los valles de Cochabamba fueron muy sensibles al proyecto integracionista y de homogeneización cultural alentados por el MNR. Es más, si consideramos que mucho

antes del 52 se venía dando un proceso de desjerarquización social (Dandler: 1969), podemos concluir que el proceso de mestización en esta zona es muy intenso. Esta mestización es también producto de una fuerte difusión de las relaciones mercantiles y semi capitalistas que rematan en la constitución de un sindicalismo más cercano al clásico (Rivera: 1984) dado que el proceso de "individuación" está más acabado; a diferencia de las otras zonas como el altiplano y el norte de Potosí donde el sindicalismo se superpone a las organizaciones tradicionales.

3.- Los sindicatos agrarios de Cochabamba se caracterizaron por vanguardizar las principales movilizaciones campesinas inmediatamente después de la revolución, con la toma de tierras. Era la zona donde por mucho tiempo atrás, también se había concentrado el poder contestatario del campesinado mejor organizado. Allí se constituyó el primer sindicato agrario del país y dio pie a una secuela de luchas por la educación y compra de tierras (Dandler: 1969). Durante el proceso revolucionario entonces, su incorporación se da de lleno y constituye el eje de las movilizaciones campesinas. Por lo tanto, "su adscripción al Estado del 52 es voluntario" y es fruto de su conciencia (Rivera: 1984).

4.- Por lo dicho anteriormente, la memoria histórica dominante en el campesinado del valle, es la memoria del 52 la memoria de su incorporación a ese proceso a ese Estado y el poder -sindicatos más milicias- de negociación con que contaron. Pesa más en él la memoria del don.

@1) = 5.- El origen del Gral. Barrientos, su dominio -fundamental- del idioma, las costumbres, el modo de vida y la cultura del campesino.

6.- La labor de Acción Cívica, que estuvo centrada en Cochabamba.

7.- El peso de la diferenciación y la ruptura con el Estado del 52 está dada por una conjunción de la memoria larga con la memoria corta. Más preciso: la conjunción de aquella parte de la memoria corta que alude a la alianza obrera-campesina más la memoria larga. Como el campesinado, por su peculiar anexión al 52, y por el proceso de mestización no perciben la intensidad de la memoria larga, y además porque funciona

en ellos con más fuerza la memoria del don es que ese campesinado ha sido más propenso a la cooptación.

Indudablemente la incapacidad de la autorepresentación parece ser una característica de sociedades como la nuestra, de formación no resuelta (sociedades gelatinosas). Se van formando así estructuras de mediación e intermediación que adquieren un propio poder, resultado de ello es que las organizaciones campesinas no pueden plantearse propuestas propias con autonomía e identificación verazmente suyaas, como órganos de poder no pueden delegar su representación a otros que hablen en nombre de ellos y ésta es la verdadera tarea del movimiento campesino actual, que como tendencia se articula a través de la propuesta Katarista, propuesta de primordial importancia por cuanto ya empieza a reconocerse como fuerza cualitativa y transformadora de primer orden.

En este sentido es necesario que las organizaciones campesinas actuales empiecen a destruir con ellas mismas lo que en ellas subsiste de disponibilidad ideológica a la intermediación (partidaria, institucional, etc.) que habita aun en forma de hábito y de costumbre.

NOTAS

1/ Utilizaré, a lo largo del texto, indistintamente, FF.AA. o ejército para designar a la institución armada.

2/ Ovando jugó un papel protagónico en la reconstrucción del ejército. El mismo, luego de haber encumbrado a Barrientos en el poder, había declarado: "semidestruido el ejército en 1952, la resistencia frontal había sido suicida. Se aceptó la situación para dar tiempo a las FF.AA. a recuperar fuerzas. La meta era clara y se admitió la humillante

servidumbre pasajera. Había que crear paciente y sacrificadamente una fuerza organizada" (PL, 9-I-68). O sea, la conspiración fue desde un principio.

3/ A los 2 años de la revolución el cuerpo de Carabineros, en mérito a su actuación en la insurrección, contaba con un mayor presupuesto que el ejército, cuyos efectivos a la fecha se redujeron en un 50% (Prado: 1984).

4/ Para ver los pormenores y detalles del asunto y la injerencia de la CIA y el departamento de Estado, consultar Almaraz, 1980.

5/ En otra fase de Rojas (Pág.7) y en esta de Soliz se puede ver marcadamente ciertas características mentales que hacen al campesinado. En el primer caso ese atávico complejo de inferioridad que subyace en su comportamiento frente al blanco. La frase debe ser leída en sus vacíos: "'si a uds (blancos) les hacen eso, que nos harán a nosotros (pobres indios)?" En el segundo caso, el de Soliz, se constataba ese movimiento psicológico del liberto desconcertado al que hacia referencia Almaráz: busca nuevos amos. En qué medida pesa otra memoria (oscura) en el campesinado, su memoria de la costumbre al servicio a no ser libre del todo, a no tener conciencia de autodeterminación y capacidad de autorepresentación? Pregunta que puede guiar una serie de conjeturas harto problemáticas.

6/ El sector de los maestros tuvo una participación de primerísimo orden en el socavamiento del régimen Barrientos, llevando a cabo huelgas de gran envergadura en cuanto a sus efectos sociales, por que pedían reivindicaciones salariales. Con ello se ganaron el desprecio del campesinado que en varias ocasiones pidió su despido masivo sino su represión tajante.

7/ Los cabildos abiertos fueron tal vez la mayor y más difundida forma de resistencia urbana al gobierno militar. La forma en la que se llevaba a cabo y la participación de variados sectores populares nos hacen pensar en sus mecanismos de democracia directa implícitos en ella. El movimiento universitario y los fabriles constituían la vanguardia en estas luchas.

8/ Ya en algunas oportunidades, Jesús Lara había denunciado que dirigentes campesinos conjuntamente con miembros del servicio de seguridad del Estado

planteaban desatar una ola de terrorismo y atentados en Cochabamba, y para ello habrían elaborado una lista negra de 40 personas, entre las cuales figuraban él. (PL, 12-7-67)

9/ Todo pacto de reciprocidad comparte obligaciones bilaterales.

10/ Las básicas rencillas entre Cliza y Ucureña continuaron después de la C'hampa guerra, aunque sin la misma amplitud. Sus focos se trasladaron a poblaciones aledañas, como a Toco y algunas rancherías. Sería necesario hacer otro recuento de estas rencillas para ver mejor cómo el ejército tomó partido por algún bando. Los caciques que estaban detrás de los conflictos eran Macedonio Juárez (Cliza) y Germán Delgadillo (Ucureña). Ver p. e., PL, 20-7 y 6-10-67; 22-3, fines abril y comienzos de mayo, 67.

11/ Para ver el papel que jugó en la conspiración que llevó al poder a Barrientos y algo de su personalidad de "pure sang" de la oligarquía, ver Zavaleta, 1969.

12/ Ramas -aportes que hace cada localidad para el funcionamiento de su central sindical, sub-central.

13/ Hugo Boso Alcócer reaparecerá posteriormente como coordinador nacional del PMC en el gobierno de Banzer.

14/ Ingresos fiscales provenientes de la agricultura en 1967 (miles) que constituyen a esa fecha menos del 1% de contribución a las marcas fiscales.

tipo de impuesto	ingreso
territorial	229
catastral	491
mercados internos	8.308
exportación	2.574
caña y pesca	1.623
otros (circulación de personas, vehículos, uso de tierras públicas etc.)	247

Total 13.472

Fuente: Lavaud, 1984, 277-78.

15/ "Una controversia se entabló a propósito del destino que se daría al ingreso del impuesto. El proyecto preveía que alrededor del 10% sería distribuido a las administraciones departamentales. y locales. La proposición campesina invirtió las proporciones: 30% para la tesorería nacional y 70% para las adms. locales" (Lavaut: 1984, 285).

16/ Según Albó, gran parte del éxito obtenido por la delegación presidencial pudo haberse debido a que la mayoría de los colonizadores eran vallunos. (Albo: 1979, 105).

17/ El mismo Albó cuenta, a manera de anécdota, cómo Barrientos no dominaba el aymara y tuvo ciertas dificultades con el intérprete.

18/ Cochabamba estuvo llana a pagar el IUA incluso hasta en las épocas de Ovando y por este motivo tuvo serias desavenencias con las federaciones de los demás departamentos, que aunque oficialistas ya habían descartado el pago del impuesto (PL, 24-10-69).

19/ Es muy difícil pensar el éxito que tuvo el PMC al margen de la figura de Barrientos, su principal gestor e inspirador. Su figura paternal y cariñosa, su perfecto dominio del quechua su trato directo y sencillo, su conocimiento de las costumbres de pueblo, etc, le valen hasta hoy en día el recuerdo de los campesinos. Era "uno más del montón" como dicen los propios campesinos. Se vestía igual que un "simple paisano", recuerdan. Su trato hacia ellos era preferencial.

20/ Caso elocuente es la central de Quillacollo de la cual fue exilado su máximo dirigente, Ciriaco Guzmán.

21/ En ese congreso de la COB se reconocieron a 29 dirigentes del BIC y tan sólo a 28 de la CNTCB, motivo por el cual hicieron abandono del congreso. (PL, 13-5-70)

22/ Posteriormente, cuando saltó al conocimiento de la opinión pública el problema de la venta de armas a Israel, los negociados que hicieron con el gobierno de Barrientos y

todos los crímenes para encubrir estos delitos -entre ellos el de Soliz- Ovando perdió todo apoyo en el campo.

23/ Reciprocidad: "intercambio normativo y continuo de bienes y servicios entre personas conocidas entre sí, en el que una prestación y su devolución debe transcurrir cierto tiempo, y el proceso de negociación de las partes, en lugar de ser un abierto regateo, es más bien encubierto por formas de comportamiento ceremonial. Las partes interactuantes pueden ser tanto individuos como instituciones " (Alberti y Meyer: 1974).

24/ "Su programa de reivindicaciones puede sintetizarse en cuatro puntos : restitución de las tierras comunales, lucha frontal contra la minoría criolla dominante, desconocimiento de la autoridad de liberales y constitución de un gobierno indio autónomo bajo la autoridad de su máximo líder" (Rivera: s/f, 4).

25/ El término pertenece a Zavaleta, en "Forma clase y forma multitud del proletariado boliviano."

26/ Víctor Paz Estensoro en Huarina: "Hicimos la Reforma Agraria y esa es la 'maquinita' para ganar las elecciones" (Ed, 18-5-64).

27/ El concepto pertenece a Zavaleta, en "Forma Clase..."

28/ Una biografía suscita y escrita con gran calidad, ver en Zavaleta, 1979.

29/ Mirando por el envés, más bien podemos afirmar, que nunca como en ese momento el campesinado estuvo tan lejos de asumirse autónomo, al margen de la tutela estatal. En este sentido sí que estuvieron profundamente desorganizados y desarticulados.

30/ La figura mesiánica de Barrientos fue propagandizada también por el clero. Maurer dijo alguna vez que él andaba repartiendo la verdad, como San Pablo, por los lugares que recorría. El párroco de Arque, rev. Lucio Paredes, afirmó que estaba predestinado por Dios ya que siempre salía ileso de los atentados contra su persona.

BIBLIOGRAFIA

1. Albó, Javier: "BODAS DE PLATA O REQUIEM UNA REFORMA AGRARIA? CIPCA # 17, 1979. La Paz
2. Albó, Javier y Alcoreza, Carmen: EL NUEVO CAMPESINADO ANTE EL FRAUDE. CIPCA # 18, 1979. La Paz
3. Antezana, Luis H.: Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979). Mimeo, 1979 Cbba.
4. Antezana, Ergueta, L. y Romero Bedregal, H: HISTORIA DE LOS SINDICATOS AGRARIOS EN BOLIVIA. INRA, La Paz.
5. Almaraz, Sergio: REQUIEM PARA UNA REPUBLICA. Los Amigos del Libro, 1980, Cbba.
6. Barrios, Raúl: Defensa y seguridad social en Bolivia: El Proceso Ovando-Torrez 1969-1971. Tesis UNAM, s/f, México.
7. Dandler, Jorge: EL SINDICALISMO AGRARIO EN BOLIVIA. Instituto indigenista interamericano 1969. México.
La C'hampa Guerra de Cochabamba: Un proceso de disgregación política. En: BOLIVIA, LA FUERZA HISTORICA DEL CAMPESINADO, 1984 UNRISD-CERES. Cbba.
8. Flores, Gonzalo: Estado, políticas agrarias y luchas campesinas en: BOLIVIA, LA FUERZA HISTORICA DEL CAMPESINADO, 1984. UNRISD-CERES, Cbba.
9. Godelier, Maurice: ECONOMIA Y FETICHISMO. Siglo XXI, 1974. México.
10. Guespin, Louis: TIPOLOGIA DEL DISCURSO POLITICO. En EL DISCURSO POLITICO, comp. Nueva Imagen, 1980 México.
11. Landi, Oscar: CRISIS Y LENGUAJES POLITICOS, CEDES, vol 4, #4, 1981. Bs As.
12. Larson, Brooke: EXPLOTACION AGRARIA Y RESISTENCIA CAMPESINA EN COCHABAMBA. CERES, 1984.
13. Lavaud, Pierre: Los campesinos frente al Estado en: BOLIVIA. LA FUERZA HISTORICA DEL CAMPESINADO, UNRISD-CERES, 1984.Cbba.
14. Mayorga, René: Empate Histórico y debilidad constructiva, IESE, 1983. Cbba.

15. Meyer, E. y Alberti, G: RECIPROCIDAD E INTERCAMBIO EN LOS ANDES PERUANOS. IEP, 1974. Lino
16. Moore, Winston: Política y visión en los Andes Bolivianos. IESE, 1979. Cbba.
17. Prado, Gary; PODER Y FUERZAS ARMADAS, 1942-1982. Los Amigos del Libro, 1984. Cbba.
18. Rivera, Silvia: Apuntes para una historia de las luchas campesinas en Bolivia (1900-1978). Mimeo, s/f ni lugar.
El Movimiento Katarista, 1970-1781. En: BOLIVIA, HOY, comp. Siglo XXI 1983. México.
Oprimidos pero no vencidos. HISBOL, 1984. La Paz
19. Soto, Gustavo: Cine y Revolución en Bolivia. Tesis USL, 1983. Bruselas.
20. Wachtel, Natham: SOCIEDAD E IDEOLOGIA. IEP, 1973, Lima.
21. Zavaleta, Mercado, René: Consideraciones generales sobre la historia de Bolivia. En: AMERICA LATINA: HISTORIA DE MEDIO SIGLO. Siglo XXI, 1979. México.

Las masas en noviembre

Forma clase y forma multitud del proletariado boliviano. Ambos textos en: Bolivia, hoy, comp. Siglo XXI, 1983. México.

LT = Los Tiempos 1970-1914

PL = Prensa Libre 1963-1974

ED = El Diario 1968

P = Presencia 1968